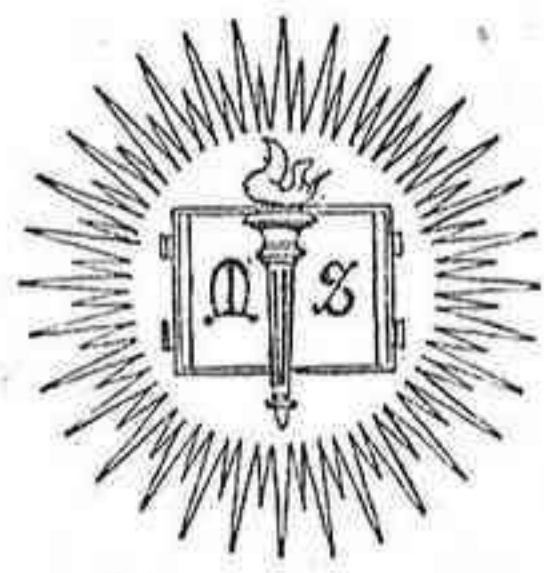


La Ilustración Artística



Año XX

← BARCELONA 25 DE NOVIEMBRE DE 1901 →

Núm. 1.039



COQUETERÍA, cuadro de Gabriel Max

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Los invisibles*, por Emilia Pardo Bazán. — *¡Pobres madres!*, por Rafael Ruiz López. — *El pintor Gemmel Hutchison*, por Gabriel Setoun. — *Argentinos ilustres. Dr. Roque Sáenz Peña. Dr. Angel J. Carranza*, por R. Monner Sans. — *República Argentina. Buenos Aires. Campaña teatral de Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero*, por Justo Solsona. — *Nuestros grabados. Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Un misterio*, novela ilustrada (continuación). — *Plaza monumental que en honor de la reina Victoria de Inglaterra se ha de construir en Londres*, por X. — *Los venenos en los batracios*, por L. — **Libros.** — **Grabados.** — *Coquetería*, cuadro de Gabriel Max. — *¡Pobres madres!*, cuadro de Plá y Rubio. — *Feria en una aldea. En el corral. El vendedor de globos*, cuadros de R. Gemmel Hutchison. — *El Dolor*, escultura de Gustavo Eberlein. — *Doctor Roque Sáenz Peña. Dr. Angel J. Carranza.* — *República Argentina. Buenos Aires. Teatro del Odeón, en donde actuó la compañía Díaz Guerrero. Una escena de «Nerón» de Cavestany* (de fotografía). — *Honni soit qui mal y pense, origen de la orden de la Jarretera*, cuadro de A. Chevalier Taylor. — *Busto del emperador Guillermo II*, modelado por Gustavo Rutz. — *Retrato del presidente Kruger*, pintado por Teresa Schwartz. — *Proyecto de plaza monumental que se ha de construir en Londres en conmemoración de la reina Victoria, delante del palacio de Buckingham* (dos grabados), obra de Mr. Aston Webb. — *La entrada de un pueblo*, cuadro de A. de Ferrer. — *Recuerdo de Pasajes*, cuadro de Andrés Larraga.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LOS INVISIBLES

Cierta circular de la dirección de Sanidad ha caído en medio de la indiferencia con que aquí solemos mirar lo que no se relaciona ni con la chismografía ni con la política personal, dos cosas poco distintas y una sola calamidad verdadera. En esa circular se trata de desinfección, tema que yo colocaría a la altura del tema pedagógico, en importancia para el remedio y adelanto de la humanidad; pero para reconocerle importancia al tema, sería necesario que estuviesen muy difundidas nociones que todavía son patrimonio de pocos. Para reconocerle la importancia al tema se necesitaría, ¿qué diréis?, fe, mucha fe. La existencia del mundo sobrenatural no la comprueban nunca los sentidos; y la existencia del mundo invisible, rarísima vez. La de las bacterias; bacilos y demás microbios tiene que creerla por un acto de fe la innumerable turba que jamás ha puesto los pies en un laboratorio, ni acercado su pupila al vidrio del microscopio. Y ese acto de fe no siempre se halla dispuesta la gente a ofrecerlo como oblación en aras de la ciencia.

* *

Son bastantes los que, en tonillo malicioso, de zumba, os preguntan: «¿Pero usted se traga *todo eso* de los microbios?» y se retiran persuadidos de que han alardeado de cabezas firmes y de graciosos escépticos, después de sonreír al humilde «sí trago» que de mis labios se escapa. Naturalmente, trago, ¡y á buches! En primer lugar, mi fe no tiene gran mérito; carece de la divina inconsciencia de la fe del carbonero que cierra los ojos y abre el corazón: yo he visto las bacterias por el microscopio: he tenido sabios amigos que prepararon para mí diminutas laminillas de tejidos y me hicieron ver en una gota de sangre el torrente de la vida. Millares y millares y acaso millonadas de organismos cruzaron ante mí por el vidrio revelador, y sus extrañas formas, su vertiginosa vitalidad, me aturdieron, penetrándome de admiración y de espanto. En todas partes, hasta en las aldeas más humildes, llegará á haber con el tiempo microscopios y aparatos de proyección; el pueblo *verá* y acaso entonces se persuadirá de que existe esa vida invisible ahora. Lo que no llega á los sentidos no lo admite la flaca razón de los pobres de espíritu, que son tantos, y aunque bienaventurados, son funestos.

* *

Mi parte de escepticismo tengo también: no el burdo escepticismo de dar á entender que las bacterias pueden ser divertida broma de los biólogos, no; pero por lo mismo que existen y que son miriadas, ¿cómo hemos de extinguirlas? Esas terribles *colonias*, al parecer, han de resistirse á nuestros ataques. Apuraremos los recursos de la desinfección y disminuirémos su número..., ¿en qué proporciones? ¿Hasta qué límites? Es tarea á primera vista comparable á la de agotar el mar con una esponja...

El hombre, durante su permanencia en la superficie del planeta, ha destruído bastantes especies animales, cuya desaparición consta en la historia natural. Alguna de estas especies desapareció porque las condiciones climatológicas, después de los grandes cataclismos del globo, no le fueron favorables; otras, sin género de duda, subsistirían aún á no perseguirlas y acosarlas el hombre. De varias, sin embargo, quedan restos. A pesar de la lentitud y dificultad con que se reproducen los grandes cetáceos, los grandes mamíferos, las fieras, aún se alza sobre la superficie del mar el doble surtidor de la ballena, aún paca en los juncales indios el elefante, aún ruge en el Atlas el león. Si persisten así los macrobios, ¿qué esperanzas podemos alimentar de extinguir los incontables microbios patógenos?, ¿cómo reducir el número de las infecciones?

* *

Racionalmente no cabría ni soñarlo. Y no obstante, los hechos demuestran hasta la evidencia que la campaña no es estéril. Acordémonos de la Edad media. Un vago presentimiento científico era el que dictaba los acordonamientos y los aislamientos terribles, el abandono de los miseros apestados, la línea de fuego donde eran encerrados los sospechosos de traer de Oriente un azote misterioso entonces. No se conocía otro medio, y ese era el que se empleaba en toda su crueldad. En el idioma quedó la huella del procedimiento: «Huyen de mí como si fuese un apestado,» oiréis decir frecuentemente. Había que huir de un enemigo al cual no se sabía combatir, contra el cual no existían armas.

Y la fuga, lo mismo que los demás actos de cobardía, era fatal, era la plena derrota. Las pestes, no sólo de la Edad media, sino de épocas recientes, despoblaron ciudades, sembraban las calles de cadáveres, infestaban el aire y enloquecían de tal modo á las multitudes, que provocaban actos de verdadero frenesí. Nadie ignora la parte que tomó el cólera en la matanza de los frailes en España. Creíanse envenenadas las fuentes — en lo cual también había un presentimiento de la verdad, dado que las infecciones por el agua se transmiten...

Sólo Barcelona sufrió, desde el siglo XIV hasta el último tercio del XIX (antes no existen documentos), unas veintisiete ó veintiocho epidemias atroces; algunas duraron cuatro y cinco años; alternaban gratamente la peste negra, la bubónica ó de Levante (conocida por *mala landre*), el dengue ó *influenza*, el paludismo, la difteria, la fiebre amarilla y el cólera morbo asiático. Nótese este hecho: la peste bubónica, que muchos creen un contagio nuevo, es de los más antiguos y clásicos en España. Con todos sus caracteres la encontramos en la Edad media y el Renacimiento, y sólo la vemos aplacar un poco su furia cuando la Edad moderna trae consigo las primeras nociones, no de asepsia ni de antiseptia, sino sencillamente de limpieza é higiene general. El espantoso contagio sigue rondándonos; asoma su monstruosa faz por la orilla portuguesa; mano invisible parece detenerle en su camino. — Es el agua, es el jabón, es el uso de camisa y medias, es todo lo que hogaño posee el más modesto hogar, y antaño se desconocía en los palacios; ahí y no en ninguna otra valla tropieza y rompe sus alas fúnebres el mal de los climas donde aún es sucio el hombre, donde ideas religiosas absurdas le inducen á dejar sus muertos insepultos y preocupaciones tradicionales le retienen sujeto al modo de vivir de hace veinte siglos.

Hoy la bubónica no pasa de chispazos aislados: no se extiende. Siempre amagando en Oporto, jamás llega á convertirse en verdadero peligro; y sus asquerosos reales los tiene en los barrios infectos donde se hacina una población que, en punto á limpieza, no está muy diferente de lo que estaría en el siglo XV. Clara es la lección. No se necesita ni antiseptia, basta el sencillo aseo, para combatir el desarrollo de estas infecciones un tiempo consideradas misteriosas y de ignorada causa. Los *invisibles*, á quienes por su fantástica y prodigiosa reproducción acaso tendríamos por *invencibles*, retroceden y se retiran ante elementales precauciones de limpieza, el abecé del aseo, y que cada día se extiende y propaga entre todas las clases. ¿Qué no se obtendrá al aplicar debidamente el vasto sistema preventivo y represivo de la desinfección? — Las epidemias y hasta las endemias desaparecerán del mundo civilizado. El término medio de la vida humana, que ya ha crecido bastante, seguirá creciendo; el sufrimiento y el dolor disminuirán; uno de los grandes motivos de terror desaparecerá; la «cólera divina» no se presentará falsamente representada por contagios que la ciencia sabe conjurar y prevenir, y los días sombríos del cólera

no volverán á teñir de arreboles lívidos y sangrientos el horizonte de las grandes ciudades...

* *

Bajo el Renacimiento asoma el aseo personal, comienza á usarse la ropa blanca, se indican los albores — muy tenues — de la reconciliación de la humanidad con el agua; en el nuestro apunta la desinfección racional; nada más que apuntar; no es un hecho general todavía. Cuando se propague y penetre en las costumbres, surtirá tales y tan maravillosos efectos, que hoy ni los sospechamos.

Obsérvese un solo detalle. Desde que se asisten los partos con la antiseptia, las fiebres puerperales han desaparecido. — Una tercera parte de las mujeres que daban á luz sufrían esas fiebres; una cuarta parte, quizá me quede corta, á ella sucumbían. La función de la maternidad se consideraba peligrosa: ha dejado de parecerlo desde que las mujeres no se cuecen en su propia suciedad, en una habitación cuidadosamente cerrada. En esto también las costumbres primitivas, el hábito de sumergirse en el río y lavarse y purificarse después del parto, fueron temprana intuición de lo que la ciencia había de establecer victoriosamente miles de años después.

Es curioso registrar en la historia el número de reinas de España que murieron de fiebre puerperal, accidente del cual no mueren las obreras hoy. La etiqueta envolvía á las desventuradas señoras en mayor fetidez é infección que á sus súbditas, y la gloria de dar á la corona un heredero les costaba la vida. He ahí el lazo oculto que une á los bellos grupos sepulcrales de bronce de Pompeyo Leoni con las bacterias y bacilos. Esos reyes dorados que se arrodillan en el presbiterio de la iglesia del Escorial rodeados de tres ó cuatro damas, se arrodillarían con una sola y el grupo sería menos estético...

* *

Notad, pues, cómo cabe luchar victoriosamente contra esos invisibles que se multiplican por millonadas. Son el infinito; pero contra ese ejército innumerable, ejército de Jerjes, las falanges griegas de la limpieza y del aseo realizan prodigios. La peste está conjurada. ¿Qué mayor demostración? Y cuenta que por ahora casi nada se ha hecho en sanear y desinfectar. Algunas poblaciones muy adelantadas comienzan á desembarazarse de las materias que producen fermentaciones pútridas, á tener agua suficiente y á esterilizar focos: la inmensa mayoría siguen infestadas. En Marinada la tráfida de aguas constituye un bello ideal y los conductos de la potable pasan por debajo de los del alcantarillado: así es que las tifoideas, según la enérgica frase de Virchow, se beben y se comen. Las cloacas desembocan en el puerto; las aguas de la hermosa bahía están recibiendo continuamente arroyos de inmundicia; al retirarse la marea el olor es insufrible, y un enamorado que quiso suicidarse por desesperación, salió, cuando lograron pescarle, cubierto de impureza. ¡Pobre alma lírica, que ni aun pudo conseguir el momento bello de la tragedia, y se encontró bajo la ridiculez grotesca de la inmersión en las heces de la prosa diaria!

* *

En Compostela el tifus hacía estragos también. Se llevaba cada otoño una cosecha de espigas nuevas, de mocedad estudiantil fresca y lozana. Las calles se entristecían con el cortejo fúnebre del estudiante, cuyo ataúd seguían los compañeros cabizbajos, hinchadas la pupilas por las noches pasadas en vela á la cabecera y por el llanto de la primera edad viril, en que todavía hay dejos de la niñez. — Bastó sanear unas aguas corrompidas para que cesase el azote. Ya los estudiantes no se mueren «como moscas...»

* *

Animo, pues; se consigue mucho con poco esfuerzo; los invisibles son cobardes; retroceden apenas el hombre despliega algo de iniciativa y de valor. Una de las precauciones más fáciles es la de quemar las basuras en el fogón, en vez de echarlas á la calle. Este sistema economiza combustible, evita el espectáculo repugnante de los montones de basura en la vía pública, donde escarban los perros y los traperos, y hasta impide que se pierdan cubiertos de plata, á veces, envueltos en los despojos de cocina. Las mujeres pueden hacer mucho por la desinfección. Que aprendan y apliquen lo aprendido; que conozcan á los invisibles, para pelear con ellos en el hogar.

EMILIA PARDO BAZÁN.

¡POBRES MADRES!, POR RAFAEL RUIZ LÓPEZ

También la guerra tiene su poesía, poesía triste, desgarradora, trágica, como el llanto que derraman las madres al saber que sus hijos fueron arrebatados violentamente de la tierra.

Sé muchas historias; dramas en tres actos, que sería muy difícil representar, aunque siempre tienen igual escenario, idénticas escenas y los mismos personajes: una mujer que, abrazada á su hijo, después

siempre de la misericordia divina lo que no era dable esperar de los hombres, que se destruían disputándose un pedazo de terreno, como leones que se acometiesen para disputarse las entrañas palpitantes de la víctima despedazada.

Pepe y Juan marcharon juntos á la guerra, dejando á sus madres el único consuelo que podían darles: la certeza de que los dos se protegerían mu-

zaron á esperar en lo que no habían esperado nunca, en que volverían al fin á sus casas sanos y salvos, como lo habían prometido en los angustiosos momentos de la despedida.

Estas esperanzas aumentaron cuando se supo la noticia de que la guerra estaba próxima á su fin.

Pepe y Juan estaban contentos y contaban ya con el alegrón que iban á recibir allá en el pueblo cuan-



¡POBRES MADRES!, cuadro de Plá y Rubio,

premiado con consideraciones y honores de primera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901

de colgarle al cuello un escapulario bendito, no puede hablar, porque el llanto ahoga sus palabras, y le aprieta contra su corazón, como si quisiera librarle de los peligros que le esperan; un hombretón que lucha heroicamente, porque así se lo mandan; que ignora la santidad (?) de la causa que defiende y el por qué el enemigo es tal enemigo suyo; una bala perdida que destroza el cráneo de aquel hombre y el corazón de aquella mujer, y por último, cerniéndose sobre las cabezas de muchas mujeres que rezan y lloran, la Caridad exclamando tristemente: «¡Pobres madres!»

¿Verdad que es muy triste, muy triste y muy trágico todo esto?

No puedo resistir á la tentación de referiros una de estas historias que encierran un poema de dolor, porque el dolor tiene también sabrosas enseñanzas.

El destino les había unido desde la infancia: nacieron en el mismo pueblo; aprendieron las primeras letras en la misma escuela; en el mismo año fueron á estudiar al mismo Instituto, y como eran de igual edad, les tocó pagar su tributo de sangre á la nación en el mismo día, y ninguno de los dos tuvo la suerte de librarse por el número, ni pudo redimirse á metálico. Y decidieron, ya que la suerte parecía quererlo así, poner cuanto de su parte estuviese para que les destinasen al mismo regimiento.

Yo vi á las madres de Juan y Pepe rezando, primero, para que sus hijos creciesen buenos y temerosos del mal; después, para que fuesen aplicados y les iluminase el Espíritu Santo; luego, para que Dios les diese buena fortuna en el sorteo, y más tarde para que les librase de todo peligro allá en la guerra, donde iban á luchar, defendiendo algo que á las madres no les habría importado ver perdido con tal de que les hubiesen dejado á los hijos de sus entrañas.

Y tenían las dos fe inquebrantable, y esperaban

tuamente siempre, como hermanos. Y en medio de lágrimas y sollozos prometieron no dejar de escribir nunca, alternativamente, para que no escaseasen las noticias. Si alguno de los dos caía enfermo ó herido, el otro escribiría diciendo la verdad, siempre la verdad... Y todavía prometieron más, prometieron volver sanos y salvos. Pero aquellas promesas y mil otras no hicieron el efecto apetecido; en la conciencia de madres é hijos estaba el que lo más difícil sería volverse á reunir los cuatro, y la despedida fué triste, muy triste y muy desesperada, como el adiós de los que mueren violentamente en la plenitud de la vida.

Los dos amigos no se separaron un momento desde que salieron de España. Pertenecientes á la misma compañía, juntos frecuentaron los puntos de peligro y sufrieron los fatigosos azares de la guerra. Morenotos, robustos y fornidos, no hacían mella en ellos ni las marchas forzadas ni los forzados ayunos, y nunca les faltaba un rato que dedicar á escribir á sus madres, aunque tuvieran que quitárselo del descanso.

Cumplían como soldados pundonorosos y como buenos hijos. Tristes, agobiados por el peso de aquellas fatigas, desfallecidos á veces..., pero no por eso dejaban de escribir diciendo que la vida de campaña era muy agradable, que estaban contentos y que si deseaban volver á España era porque allá, en aquel pueblecito alegre, estaban sus madres...

Las cartas, llenas de estas mentiras santas, llegaban al pueblo, donde eran esperadas siempre con ansiedad, y sobre ellas las madres de Juan y Pepe derramaban torrentes de lágrimas que emborronaban lo escrito, dejándolo ilegible.

Durante mucho tiempo se habían librado de enfermedades, y las balas parecían haber respetado las vidas de aquellos dos muchachos, que ya empe-

do les viesen entrar, un poco más delgados y descoloridos, pero vivos al fin.

Llevaban mucho tiempo sin disparar un tiro, cuando les tocó cierta noche pernoctar en un poblado. El despertar de aquella mañana fué terrible; el enemigo les había cercado, y tuvieron que luchar á la desesperada sin conseguir romper el cerco. Todo un día de tiroteo, de salidas infructuosas, viendo caer á los compañeros heridos de muerte para no levantarse más. Contra la bravura de los sitiados estaba la terquedad de los sitiadores, superiores en número...

Y la noche llegó, y los que peleaban se entregaron al reposo, á un reposo fingido, puesto que no había quien pensase en otra cosa que en apercibirse para que la pelea interrumpida empezase con más brío. Aquel momento de tregua era como el instante en que el tigre hambriento se agazapa, para lanzarse en seguida con ímpetu feroz sobre la acobardada presa.

Juan y Pepe dedicaron gran parte de la noche á escribir largamente, y sus cartas eran tiernas y estaban preñadas de esperanzas. No hablaban nada de la terrible situación en que se encontraban. Aquellas cartas escritas á la vista de la muerte estaban muy lejos de ser tristes.

Cuando terminaron, Pepe dijo á Juan:

— Creo que habrás empleado el tiempo en lo que yo, en escribir á tu madre dándole buenas noticias nuestras.

— Así fué, pero temo una cosa: estas cartas corren el peligro de no llegar á su destino; aquí no las podemos dejar en el correo, dadas las circunstancias.

— ¡Es verdad!

Como en todos los momentos difíciles, los dos muchachos permanecieron silenciosos largo rato con la vista fija en el suelo, como si en él estuviera la resolución del problema.



Pensaban en la gravedad de las circunstancias, en que alguno de los dos podía caer en la lucha que pronto iban á emprender. Volaban al pueblo con el pensamiento y reconstruían con la imaginación la dolorosa escena que se desarrollaría cuando las madres supiesen el fin trágico de sus hijos. Había que retrasar aquel dolor, porque un día más de esperanza es, al fin, un día menos de tormento cuando la realidad ha de ser tan horrible.

— Pienso una cosa, dijo Juan; ya que no podemos dejar las cartas en el correo, cambiémoslas; toma la mía y dame la tuya... El que salga con vida de nosotros podrá escribir de nuevo y hacer que esta última carta llegue á su destino.

— Sí, sí, muy bien pensado. Con esto prolongaremos las esperanzas de las que tanto sufren.

Cambiaron las cartas y se abrazaron tiernamente, besándose como hermanos...

La lucha empezó tremenda y despiadada. El enemigo apretaba cada vez más y los sitiados decidieron salir, batiéndose desesperadamente; romper las filas enemigas ó morir trágicamente, anhelando matar, y maldiciendo tal vez en el último instante á los que armaron sus manos para convertirlos en fieras destructoras.

La acometida fué terrible y el empuje tan violento, potente é inesperado, que la muralla humana que les impedía el paso vaciló... Pero eran muy pocos; la fuerza brutal se imponía, y aquellos valientes iban cayendo como las ramas del árbol viejo bajo el hacha del leñador.

En lo más fuerte de la pelea, Pepe sintió que las piernas le flaqueaban, que sus manos no podían sostener el fusil, y cayó pesadamente al suelo para no levantarse más. Haciendo el último esfuerzo se incorporó para buscar con la vista, ansiosamente, á Juan y recomendarle que no se olvidase de su encargo.

Poco tardó en verle, pero ¡en qué estado! Como

EL PINTOR GEMMEL HUTCHISON

Durante gran parte de mi vida, ha querido la casualidad que me viera siempre en compañía de artistas, y no porque yo de propósito los buscara, sino por el hecho de haber nacido y pasado mi infancia

Gemmel Hutchison nació en Edimburgo, y poco aficionado á la escuela dedicóse en sus primeros años á grabar sellos; pero no satisfaciendo este trabajo sus aspiraciones hacia un arte más elevado, quiso ser pintor y lo fué, siendo casi él solo su propio maestro y teniendo que vencer, por ende, todas

esas grandes dificultades ante las cuales sucumben los débiles, pero que sirven para templar el espíritu de los fuertes. Hutchison luchó con fe y perseverancia, y llegó al fin que se había propuesto.

Después de haber asistido algún tiempo á la Escuela de Bellas Artes de Edimburgo, dedicóse al estudio de los grandes maestros de la antigüedad, ayudado poderosamente por el académico Campbell Noble, quien no sólo le facilitó recursos, sino que también le dió consejos valiosísimos.

Estando todavía en la escuela de Edimburgo, envió varios cuadros á las exposiciones anuales de la Academia de Londres, siendo todos ellos rechazados, cosa que les ha sucedido á otros muchos grandes ar-

tistas; pero en 1879 presentó tres pequeños paisajes que fueron admitidos y uno de ellos adquirido por la Real Asociación de Bellas Artes de Escocia. Hutchison consideró esto como un gran triunfo, y las cinco libras esterlinas que recibió en pago de sus obras parecieronle una fortuna y le sirvieron de estímulo para mayores empresas.

Tres años después lograba imponerse con *La cuna vacía*, primera obra del género que luego ha cultivado con tanto éxito.

Entre las muchas obras que lleva expuestas en la Real Academia londinense se cuentan las tres que en esta página reproducimos, de composición tan sencilla como natural: en todas ellas las figuras están trazadas con gran facilidad y agrupadas con el mejor acierto; nada hay hecho con miras efectistas, todo expresa calma y reposo.

Según puede deducirse de estos lienzos, así como de cuantos el pincel de Hutchison ha producido, este



FERIA EN UNA ALDEA, cuadro de R. Gemmel Hutchison

en el condado de Fife, en uno de esos lindos pueblecillos que se levantan en aquellas costas bañadas por el sol. Muchos amantes del arte, atraídos por las bellezas de aquel país, lo eligieron como objetivo de sus peregrinaciones, que por algún tiempo fueron muy frecuentes; y aunque luego siguió un período en que parecía que los artistas lo habían abandonado, no tardaron en volver á él y en número mucho mayor que antes.

En mi primera juventud, en esa edad en que tan fácilmente se contraen amistades, pude, gracias á la circunstancia que dejo indicada, conocer y tratar á muchos pintores, entre ellos á Gemmel Hutchison, de quien he llegado á ser tan entusiasta admirador como sincero amigo. Al que estudie las obras de Hutchison podrá parecerle extraño que asocie á su autor con las costas de mi tierra, pues nada hay en aquéllas que se relacione con el mar ni con las al-



EN EL CORRAL, cuadro de R. Gemmel Hutchison

él tendido en el suelo, incorporándose como él para buscarle y hacerle la misma recomendación.

Las miradas de los dos heridos se encontraron y ninguno pudo hablar..., y sin embargo, en aquella mirada angustiosa había un poema, un poema triste, desgarrador, trágico como todos los poemas de la guerra.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

deas de pescadores que junto al mar levantan sus modestas casitas; y sin embargo, lo que ocurre con él ocurre con otros muchos pintores que han permanecido largas temporadas en Fife, los cuales, á pesar de ello, apenas consignan en sus lienzos algún recuerdo á las playas de aquella región: casi todos buscan sus asuntos en los pueblos del interior, y lo mismo ha hecho el artista de quien me ocupo.



EL VENDEDOR DE GLOBOS, cuadro de R. Gemmel Hutchison

artista pasa gran parte del año en el campo, en el apacible pueblecillo de Braidwood, en cuyas gentes y costumbres encuentra la mayor parte de asuntos para sus creaciones.

Mr. Gemmel Hutchison es joven todavía, y aun cuando ha dado ya mucho de sí, cabe asegurar, sin miedo á equivocarse, que el porvenir le reserva todavía mayores triunfos. — GABRIEL SETOUN.



EL DOLOR,

escultura de Gustavo Eberlein

ARGENTINOS ILUSTRES. — DR. ROQUE SÁENZ PEÑA. — DR. ANGEL J. CARRANZA

DR. D. ROQUE SÁENZ PEÑA

— ¿Qué opina usted, doctor, sobre el porvenir de España?

— Creo en su regeneración; tengo mucha fe en su vida y en sus energías, porque es mucha la fe que tengo en los destinos de nuestra raza.

— ¿De modo que usted desea?..

— Cuanto bueno puede desearle un hijo á la madre.

— ¿Tendría usted inconveniente en sintetizar sus ideas en el papel, y autorizarme para hacer uso de ellas?

— Ninguno; mañana tendrá usted lo que solicita.

Esta conversación sostuve hace algún tiempo con el Dr. Roque Sáenz Peña, y en cumplimiento de lo ofrecido, al día siguiente me remitió, escrita de su puño y letra, una cuartilla que dice así:

«Que el siglo xx señale para España reacciones saludables y bienhechoras. — Que sus adversidades y contrastes recientes comporten enseñanzas provecho-



DR. ROQUE SÁENZ PEÑA

sas para sus destinos futuros, que acierte á encontrar por la vía reparadora del trabajo, por las aspiraciones positivas del progreso humano y por las reivindicaciones de la raza que forman su constante y noble anhelo.

»Las Repúblicas hispano-americanas, hijas de su sangre y de su noble espíritu caballeresco, comparten con la madre patria sus horas de esperanzas y de promesas venturosas, como compartieron en no lejano día dolores é infortunios. — ROQUE SÁENZ PEÑA.»

Estas líneas del eminente argentino ponen de relieve una vez más el profundo cariño que por España siente. Digo una vez más, porque luego habré de apuntar lo que le debe nuestra patria.

Nacido en 1851, el Dr. R. Sáenz Peña lo ha sido todo, menos presidente de la República. Militar en la Argentina, durante la revolución del 74, se retiró á su hogar al terminar la campaña con el empleo de teniente coronel; militar en el ejército peruano, tomó parte en la guerra del Pacífico, asistió á las batallas de San Francisco y Tarapacá, y cayó herido y fué hecho prisionero en la heroica defensa de Arica. Diplomático, desempeñó en 1887 la legación de Montevideo, y años más tarde asistió como delegado argentino al Congreso pan-americano de Washington, y nadie ha olvidado — dice uno de sus biógrafos, y menos los españoles, digo yo — su elocuente declaración de principios en pro de la América latina. Político, fué diputado al Congreso en 1877, ejerciendo dos años la presidencia de la Cámara; ministro en los últimos días de la presidencia Juárez, y candidato á su vez para la presidencia en 1891; mas como al poco tiempo se alzara la candidatura de su padre D. Luis, D. Roque se retiró de la lucha, quedando con ello asegurado el triunfo de aquél. Elegido senador, y no pudiendo ser con dignidad ni opositor ni partidario, dimitió el cargo y se retiró á la vida privada.

Dije antes que al Dr. Roque Sáenz Peña sólo le falta ser presidente para haberlo sido todo, y casi me atrevería á asegurar que lo será, pues tiene la rara virtud de no precipitarse; y como es un robusto talento, un orador elocuente, un profundo estadista y

un hombre de acción, no dudo que él no correrá tras el sillón presidencial, pero bien pudiera ser que sus muchos amigos y partidarios llevaran á su casa la presidencial poltrona.

Mas dejar quiero al político del porvenir, pues el de hoy me parece un tanto despreocupado, y hablemos del estadista, del hombre que tiene una idea fija en su mente, la defensa del derecho internacional. Desde aquel venturoso día en que su potente voz tronaba en los vastos estados de Norte-América proclamando la unión de la raza latina, como necesaria valla contra los avances de la diplomacia yanqui, el Dr. Sáenz Peña no ha desperdiciado las ocasiones que se le han presentado para abogar por la confraternidad sudamericana y para avivar con su elocuencia el cariño hacia la nación descubridora. Para Sáenz Peña, como para todo hombre honrado, el derecho es antes que la fuerza; mas convencido de que los pueblos débiles pueden hallarse en el caso de tener que soportar las brutales imposiciones del fuerte, amonesta un día y otro á las naciones de este continente y les aconseja franca y leal unión.

De acuerdo con estas ideas, que constituyen una noble obsesión en el Dr. Sáenz Peña, y con motivo de las fiestas celebradas aquí y en el Perú, demostrativas de los lazos de confraternidad que unen á ambos pueblos, saludaba á la juventud del Callao y le decía, telegráficamente, entre otras cosas: «La juventud universitaria, que es intelecto generoso y corazón viril sin egoísmos, ha dicho ante vuestro enviado que la victoria no confiere derechos, restaurando el noble lema con que los estadistas argentinos sellaron la paz de cuatro Estados al día siguiente de una guerra, etc.»

Y á la *Opinión Nacional*, de Lima, telegrafiaba después de saludar á sus compañeros de armas en el XX aniversario de Arica:

«A moción de los plenipotenciarios brasileños y argentinos, el Congreso Internacional de Washington desconoció la conquista ante el derecho público de América. Este gaje de paz y de concordia entre los pueblos, enalteció la soberanía del derecho y no la fuerza, que es aleatoria, que es inestable y susceptible siempre de otra mayor, que llamada por los agravios del más débil, podría venir de allende el istmo á poner bajo la garra del Capitolio los despojos de la común contienda, abriendo nuevo capítulo á la mediación siniestra de Cuba y Filipinas, etc.»

Con motivo de las fiestas de confraternidad hispano-argentina, se dió un banquete en el Club Español. A él asistió también el Dr. Sáenz Peña, de cuyo entusiasta brindis copio las siguientes palabras:

«Las corrientes del alma nacional, como las vertientes diáfanas de caudalosos ríos, suelen detener su curso por accidentes nimios que, eliminados, abren paso á torrentes de rizadas espumas y cristalinas aguas fecundadoras de eriales y de yermos...»

»Señor Intendente, mucho debemos á la madre patria, y hoy le debemos mucho más; le habéis rendido justo homenaje, y os felicito como argentino y como amigo de España. Acompañadme ahora á brindar, etc.»

En todas estas citas se pone de relieve el alma del Dr. Roque Sáenz Peña; es el abogado que predica la noble causa, el orador que proclama la justicia, el hijo que sin medir las fuerzas del adversario defiende á la madre.

Si á las cualidades que apuntadas quedan, no con tanto relieve como yo deseara para que no suene á social lisonja, se agregan modestia y sencillez; si á poco de tratarle se adivina que *tiene ángel*, se comprenderá sin esfuerzo que tras él vayan las simpatías de sus conciudadanos y de los extranjeros, y que entre éstos figuren en primera línea, por cariño y gratitud, los españoles.

Con defensores de la talla de Cané, Zeballos y Roque Sáenz Peña, la confraternidad hispano-argentina está de enhorabuena, y miel sobre hojuelas si este ilustre argentino llega un día á la presidencia. Así sea.

DR. D. ANGEL JUSTINIANO CARRANZA

— Lo que de historia argentina no sabe D. Angel, no lo sabe nadie.

Bien puedo asegurar que esta fué la primera noticia que tuve, apenas llegado á estas playas, del insigne historiador argentino. Y que el parecer no era exagerado lo demostrarán algunos hechos que relataré. Presentóme á él otro viejo ilustre, el Dr. D. An-

drés Lamas, cuya labor histórica y diplomática aguarda una inteligencia que la sintetice, una pluma que la escriba. Fuí á ver á D. Angel y lo hallé de pie en una habitación tan repleta de objetos, que el tránsito por ella era poco menos que difícil. Vivía por entonces — era el año 89 — en la calle de Cangallo, y en la pieza á que me refiero y sobre las mesas y en las sillas y por el suelo andaban revueltos en amigable consorcio pergaminos de indiscutible valor, rarísimos incunables, cuadros al óleo, antigüedades de toda clase. Parecía, en verdad, el cuarto un cuchitril de ropavejero.

No me pude sentar porque no había silla disponible ni, de traerla de otra habitación, lugar donde cupiera. Platicamos de pie, y pronto me dí cuenta de que hablaba con un hombre de mérito excepcional. Esta conversación y el canje de algunas obras selló nuestra amistad, que sólo rompió la muerte.

Nacido el año 34, comenzó sus estudios superiores en 1851 cursando el primer año de Medicina. Con ser grande el anfiteatro anatómico, su inteligencia lo deseaba mayor aún: prefirió al estudio de las individuales dolencias el de las enfermedades colectivas; dejó la Medicina por el Derecho; la historia lo atraía y á la historia se consagró en cuerpo y alma de modo tal, que á él acudían siempre, como se va á la fuente en busca de agua, los que habían menester una noticia, un dato, una fecha.

Cuando se me ocurrió escribir mi folleto «Catalanes ilustres en la República Argentina,» tropecé con la figura de Larrea. Busqué, indagué, rastree cuanto pude para dar con el mayor número posible de noticias; pero mi trabajo era incompleto hasta que pedí á D. Angel algunos datos que me facilitó.



DR. ANGEL J. CARRANZA

Debí á él la primera noticia de que en la marina argentina se había distinguido mucho un hijo de San Andrés de Llavaneras, D. Juan Antonio Toll.

¿Y quién, repito, que en asuntos históricos se ocupase no se veía obligado á recurrir á aquella memoria privilegiada, á aquel arsenal de curiosidades?

Tenía fama, no sé si bien ó mal adquirida, de quedarse con libro que se le prestara, y aun de hacerse con él de cualquier modo que fuese. Esta debilidad, si de tal puede calificarse, tenía su explicación, que si no legitima atenúa lo vituperable de su conducta.

Nacido historiador, debía ver con profundo pesar cómo la ignorancia iba destruyendo y quemando libros y papeles que él estimaba importantes para escribir la historia patria. Para él constituía un deber salvarlos de la polilla y del fuego; teniéndolos él todo el mundo los conocería, pues no era egoísta; dejándolos en inexpertas manos, se perdían forzosamente. Al contemplar hoy aquel inmenso tesoro, cómo no agradecerle su empeño en reunirlos?

A propósito de este empeño, uno de sus íntimos me contó lo siguiente:

Supo D. Angel que en un convento del interior había un libro rarísimo referente á la historia patria y decidió apoderarse de él, á cual efecto emprendió viaje hacia la referida casa religiosa. El prior, que ya conocía de oídas al Dr. Carranza y sospechaba que era muy capaz de apoderarse de algún libro si le convenía, hízolo acompañar á la biblioteca por un fraile con la consigna de que no le perdiera de vista ni un momento. Llegó D. Angel al aposento y pronto dió,

por las noticias que tenía, con el libro; pero ¿cómo hacerse con él? Ibase haciendo el distraído, cuando de repente fingió cierto malestar, pidió una silla para sentarse, pues temía que le diese un vahido, y un vaso de agua. Salió de la biblioteca el fraile en busca del transparente líquido, é inútil es consignar que cuando el religioso volvió el libro estaba en uno de los bolsillos del historiador.

Este episodio era narrado por el mismo actor, quien parece agregaba: «El libro se hubiera perdido, y así lo he salvado, primero para mí, y luego para mi patria.»

No sé si la rígida moral tendría algo que censurar en este procedimiento, pero lo que sí creo es que la historia argentina no sólo le absuelve, sino que le aplaude.

Renuncio á catalogar las obras que escribiera, históricas todas, como renuncio á detallar los títulos y nombramientos que poseía. Pero si en ambas cosas no deseo perder tiempo, no puedo omitir que fué don Angel el representante argentino en el Congreso Colombino de Huelva, y que al regresar de España con el título de *hijo adoptivo* de Lebrija y el de *hijo predilecto* de Villalba de Losa, su corazón rebotaba entusiasmo y de sus nobles labios se escapaban á borbotones frases de gratitud.

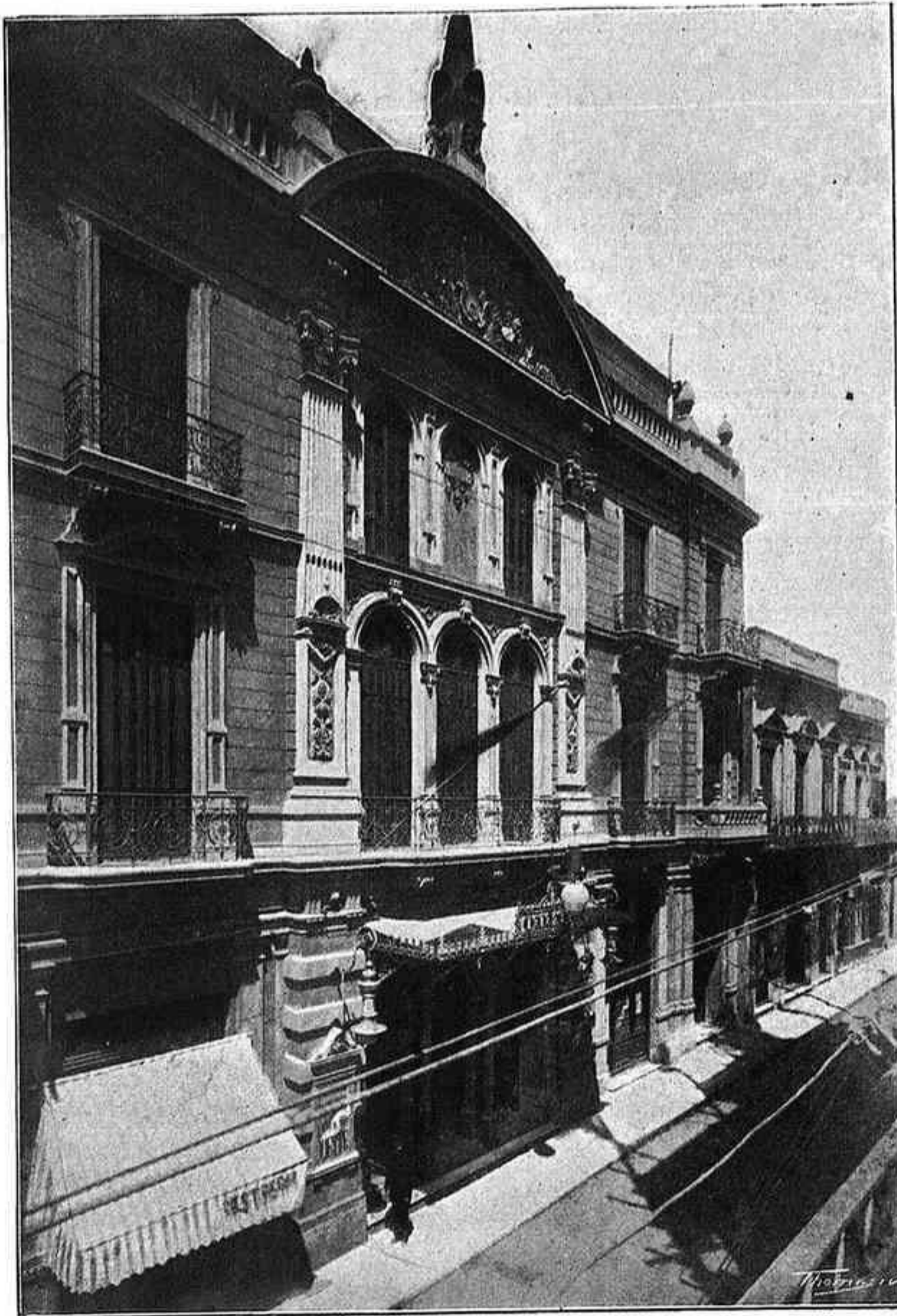
Adornaban su pecho las condecoraciones españolas de segunda clase del Mérito Naval, la Gran Cruz de la misma Orden y las de las Academias de la Lengua y de la Historia.

—¿A qué hora podré conversar un rato con usted?, le pregunté pocos meses antes de morir.

—A las cinco de la mañana, me contestó. Me levanto antes del amanecer y trabajo hasta las ocho de la mañana. Después ya es muy difícil verme.

Este era el hombre. Al historiador lo han juzgado ya sus contemporáneos. Deja un surco de luz en las letras argentinas y un ejemplo de lo que puede el trabajo, la constancia y la fuerza de voluntad. Y al lado del octogenario D. Vicente Fidel López, del ya difunto Dr. Lamas, del noble general Mitre, se colocará ciertamente la simpática figura del Dr. Angel Justiniano Carranza.

R. MONNER SANS.



REPUBLICA ARGENTINA. — BUENOS AIRES. — Teatro del Odeón, en donde actuó la compañía dirigida por Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero (de fotografía de «Caras y Caretas», remitida por D. Justo Solsona).

REPÚBLICA ARGENTINA. BUENOS AIRES

CAMPAÑA TEATRAL

DE FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA Y MARÍA GUERRERO

La tercera jira artística que por la América del Sur emprendieron los notables artistas Díaz de Mendoza y María Guerrero, ha obtenido éxito parecido

al de las dos anteriores. Y es de notar, sobre todo en Buenos Aires, por cuanto el público porteño es amigo de novedades, que levanta á un buen artista al pináculo de la gloria en su primera temporada, concediéndole honra y provecho, y le deja sin espectadores en las subsiguientes, precisamente cuando el artista vale más por sus talentos, por sus estudios y por su práctica.

Pero á los esposos Mendoza-Guerrero y á su excelente compañía les está pasando todo lo contrario. Ellos han tomado carta de naturaleza entre la culta sociedad bonaerense; sus largas temporadas parecen cortas, y á medida que se acerca el término de ellas, parece como si la tristeza invadiera las almas.

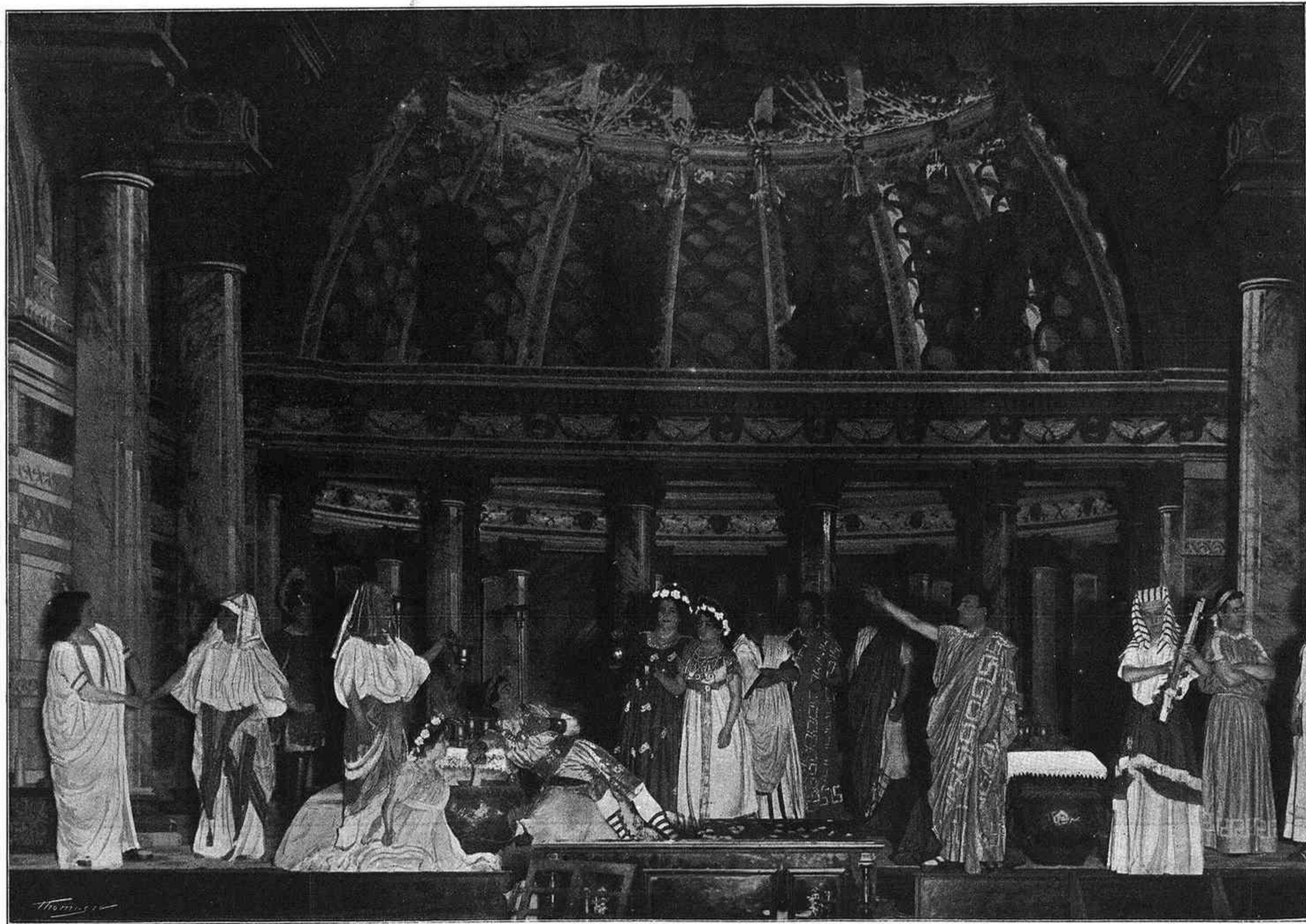
Amén de la espléndida jira por las capitales y ciudades importantes del interior de la República, y de la brillante temporada en el teatro Solís, de Montevideo, su temporada en el teatro Odeón, de Buenos Aires, ha sido de cinco largos meses; campaña bien aprovechada, dividida en tres abonos, de los cuales el segundo fué superior al primero y el último á los anteriores.

En los días de moda, ó sean los lunes, miércoles y viernes, se transformaba el elegante teatro de la calle Esmeralda en centro y reunión de todo lo más granado de Buenos Aires en dinero, política, talento, elegancia, juventud y hermosura; deslumbrando en platea y palcos la belleza de las mujeres y su lujo en joyas, vestidos y adornos.

Entre los estrenos que aquí han hecho época por su grandioso éxito citaremos *El loco Dios*, de Echegaray, y *Nerón*, de Cavestany. *Malas herencias*, del propio Echegaray, ha sido grandemente celebrado, pero su éxito no puede compararse al colosal de *El loco Dios*.

Larga sería nuestra reseña si tuviéramos que hacernos eco, aunque fuera á la ligera, de todas las obras representadas por la excelente

compañía que tan magistralmente dirigen los esposos Mendoza-Guerrero, por cuanto nada nuevo podríamos agregar á lo dicho por lo bien conocidas que son en la madre patria; como igualmente sucede respecto al gusto de los directores en poner todas las obras, el lujo minucioso de detalles y exactitud de indumentaria que les es característico, lo que les hace ser muy justamente celebrados y aplaudidos,



REPÚBLICA ARGENTINA. — BUENOS AIRES. — Teatro del Odeón. Una escena de «Nerón», de Cavestany (de fotografía de «Caras y Caretas», remitida por D. J. Solsona)



«HONNI SOIT QUI MAL Y PENSE:» ORIGEN DE LA ORDEN DE LA JARRETERA, CUADRO DE A. CHEVALIER TAYLOR, EXPUESTO EN LA REAL ACADEMIA DE LONDRES

porque dan pruebas de concienzudo estudio, de verdad histórica y de gusto refinadamente artístico.

Mientras escribimos esta ligera crónica, está ya la compañía verificando sus preparativos para emprender un nuevo viaje. Está dando sus últimas funciones; y la serie de beneficios dedicados á las diferentes sociedades de beneficencia radicadas en Buenos Aires y fuera de ella, han empezado ya.

Uno de los que con más curiosidad se esperan es el dedicado á la Asociación de Actores Dramáticos y Líricos Españoles, de la que es presidente honorario el Sr. Díaz de Mendoza: en él representarán éste y la Sra. Guerrero el *vaudeville* «Mam' zelle Nitouche.» Tratándose de una obra de género tan distinto del que acostumbran á dar esos eminentes artistas, justificase la espectación del público bonaerense.

A fines de mes emprenderán viaje para Canarias, y después de hacer allí una corta temporada, pasará la compañía á la Habana, y de allí á Caracas (Venezuela), y probablemente después irá á Guatemala y Méjico, para terminar la jira por las principales ciudades de Estados Unidos de Norte América, para cuyos puntos ha tiempo salieron sus representantes. Estas son las últimas noticias.

Entretanto quedamos aquí, en Buenos Aires, sus muchos admiradores, deseándoles un feliz y próspero viaje y honra y provecho dondequiera que se presenten en el hemisferio del Norte del continente americano; y ansiosos, deseando su pronto regreso á orillas del caudaloso Plata, para saborear nuevamente las dulzuras deliciosas del arte clásico español, que en los años 1897, 99 y 901 han hecho época, de impercedera memoria, en la gran capital de la República Argentina.

¿Cuándo podremos unir otra fecha á las indicadas? Cuanto más pronto sea, mejor. Esta es la frase que está en el corazón de todos los porteños.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires. Octubre.

NUESTROS GRABADOS

Busto del emperador Guillermo II, modelado por Gustavo Rutz.—Para conmemorar la visita hecha el año pasado á Wuppertal por el emperador Guillermo, con motivo de la inauguración de una fuente monumental de la victoria modelada por el escultor de Dusseldorf Gustavo Rutz, éste, por encargo del cónsul general, consejero de comercio de aquella población, barón Augusto de Heydt, ha ejecutado el busto del soberano alemán que reproducimos. Esta obra está hecha con mármoles de distintos colores y con algunos metales: la cabeza es de mármol amarillento, el pedestal de mármol azul de Carrara con aplicaciones de bronce, la corona y la rama de laurel de bronce verde oxidado y la plancha con dedicatoria de plata.

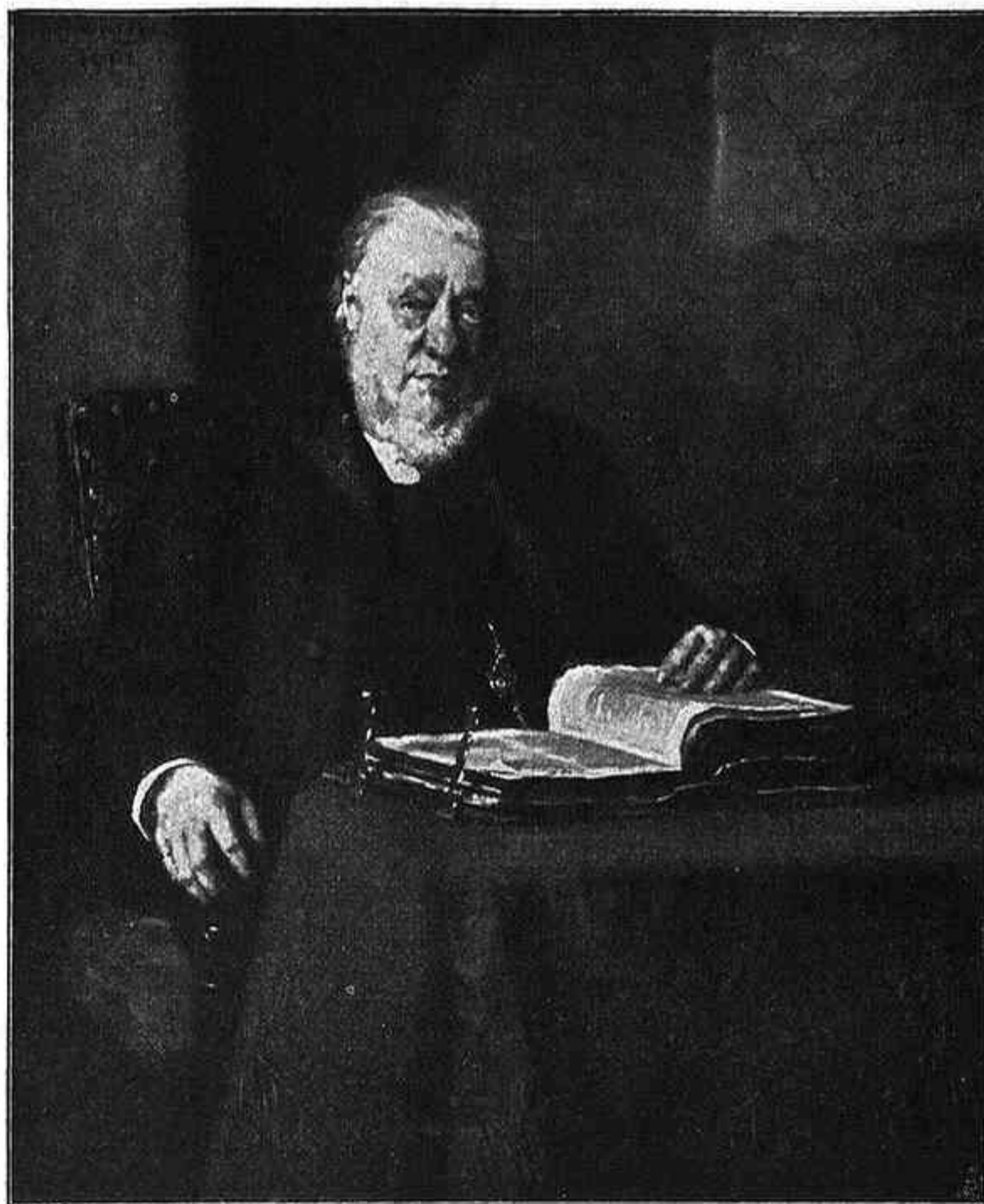


Busto del emperador GUILLERMO II, modelado por Gustavo Rutz

el sentimiento de la razón y la seguridad de que más ó menos tarde el triunfo ha de recompensar sus esfuerzos y sus sufrimientos.

Coquetería, cuadro de Gabriel Max.—Con razón se considera á Gabriel Max como uno de los más ilustres representantes del arte contemporáneo en Alemania. Sus composiciones, de una solidez extraordinaria, cautivan además por la corrección del dibujo y por la habilísima disposición del colorido; sus cuadros revelan al pintor de imaginación robusta, que traduce sus concepciones en trazos y pinceladas energéticas, imponiéndose á cuantos contemplan sus obras. En su primera época cultivó con predilección el género fantástico, los asuntos terroríficos, produciendo lienzos como *La noche de Valpurgis*,

El beso de los espíritus, La mártir ciega en las catacumbas, Juana de Arco en la hoguera, y tantos otros que llamaron poderosamente la atención. Pero luego se ha consagrado á los géneros más diversos, sin preferencia alguna, y en todos ellos ha obtenido los mayores éxitos. *Coquetería* es una nueva brillante



RETRATO DEL PRESIDENTE KRÜGER, pintado por Teresa Schwartz

página de su historia artística: el tema ha sido tratado innumerables veces y por mil distintos modos, y sin embargo, Gabriel Max ha sabido encontrar una nota original que se aparta por completo del procedimiento generalmente seguido por los pintores cuando tratan de dar forma á aquel sentimiento tan característico de la mujer; para expresar este sentimiento ha buscado no un tipo gracioso, delicado, de exagerado afeminamiento, sino una figura vigorosa, admirablemente modelada, en la cual la coquetería no representa el arte astuto con que la mujer suple su debilidad, sino una idea de superioridad, de fuerza, con que la hembra hace sentir al varón el poder irresistible de la belleza.

El Dolor, escultura de Gustavo Eberlein.—En el taller que en Berlín tiene el eminente escultor Eberlein llama actualmente la atención el busto en yeso que reproducimos: lo más admirable en esta obra no es solamente la originalidad de la concepción y la perfección del modelado, pues una y otra, con ser de tanta valía desde el punto de vista artístico, casi se borran ante la expresión de aquella cara de ideal belleza. Los ojos están ocultos debajo de los cerrados párpados, y sin embargo adivínase detrás de éstos una mirada que revela un dolor intenso, uno de esos estados del alma que, idealizados por el genio de un artista, simbolizan no un sentimiento particular, sino el sentimiento generalizado: la escultura de Eberlein no expresa un dolor, expresa el Dolor, y con esto queda hecho su mejor elogio.

Honni soit qui mal y pense. Fundación de la orden de la Jarretera, cuadro de A. Chevalier Taylor.—Aseguran varios historiadores que el origen de la orden de la Jarretera, fundada en 1349 por Eduardo III de Inglaterra, fué el deseo de este monarca de conmemorar la victoria de Crecy, en la que dió la señal de combate izando en la punta de la lanza su liga, *garter* en inglés y *jarretière* en francés. Pero existe otra tradición, la más generalizada, según la cual en un baile dado en el palacio real de Londres se le desprendió la liga á la condesa de Salisbury, á quien Eduardo amaba apasionadamente. Bajóse el rey á cogerla, y al ver que los cortesanos se sonreían, exclamó: «*Honni soit qui mal y pense*» sea tenido por infame el que mal piense), añadiendo: «Tal vez aquellos que se ríen se tengan algún día por muy honrados con poder llevar una liga semejante.» Y cuéntase que para consolar á la favorita de la contrariedad que le ocasionara la conducta de los cortesanos, instituyó la tan apreciada orden de la Jarretera que tiene por jefe al soberano de Inglaterra, que no puede contar más de veintiséis individuos, comprendido el rey ó la reina, y una de cuyas insignias es una liga blanca que los caballeros llevan en la pierna izquierda y la reina en el brazo, siendo su divisa la frase atribuida al rey antes citada. Basándose en esta tradición, ha pintado el famoso artista inglés Chevalier Taylor el bellissimo lienzo que reproducimos y que ha sido recientemente muy celebrado en la Real Academia de Londres, en donde ha estado expuesto. La acertada agrupación de las figuras, la diversidad de expresiones de cada una de éstas que denotan perfectamente el estado de ánimo de cada una, las excelencias técnicas de dibujo y de color que se observan en todo el cuadro, así en lo fundamental como en los accesorios, y sobre todo el carácter de época que demuestra un estudio concienzudo, son cualidades bastantes para justificar los aplausos que á este lienzo ha dedicado la crítica inglesa.

La entrada de un pueblo, cuadro de Antonio de Ferrer.—Consecuente el laborioso artista Sr. de Ferrer con sus laudables propósitos de reproducir galanamente cuanto recuerde el modo de ser de nuestro país, en su forma más característica y distintiva, ha ejecutado el bonito cuadro de caballete cuya copia figura en las páginas de esta Revista,

representando la entrada de un pueblo de la alta montaña catalana. Recomendable es, á todas luces, el lienzo á que nos referimos, ya que los tipos, los edificios y construcciones recuerdan los que en las villas catalanas contribuyen á darles el carácter y atractivo que tanto interés despiertan en quienes las visitan.

Recuerdo de Pasajes, cuadro de Andrés Larraga (Salón París).—Otra bellissima producción del distinguido pintor Sr. Larraga nos cabe reproducir en estas páginas, que cual todas sus obras distínguese por su especialísima entonación, delicada ó vigorosa, según represente los poéticos paisajes de la región vasca ó los imponentes acantilados de la costa cantábrica. Nuestros habituales lectores han tenido ya ocasión de apreciar los méritos que concurren en el artista á que nos referimos; de ahí que nos limitemos hoy á aplaudirle por su nueva obra, que se recomienda, singularmente, por su bellissimo trasunto del natural y digna compañera de los hermosos paisajes acuáticos, que tanta honra y provecho le han procurado.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA.—*Salón Robira.*—En el Salón Robira, establecido en la calle de Fernando, celébrase actualmente una exposición de cuadros originales de reputados pintores. Pocas en número son las obras expuestas, pero todas merecen sin duda alguna el dictado de excelentes. Figuran en ella bellísimos lienzos de Mas y Fontdevila, Francisco Masriera, Francisco Miralles, José Cusachs, Román Ribera, Tamburini y Llaverías, todos los cuales se han esforzado por presentar muestras gallardísimas de su talento, de su inspiración, de su dominio de la técnica, en una palabra, de esas relevantes cualidades que les han conquistado un puesto tan eminente en la pintura contemporánea.

El Sr. Robira merece sinceros aplausos de los amantes de las Bellas Artes, no sólo por haber sabido hacer de su Salón un establecimiento artístico de gran importancia, sino que también por la espléndidez con que ha presentado las obras de que se compone la actual exposición.

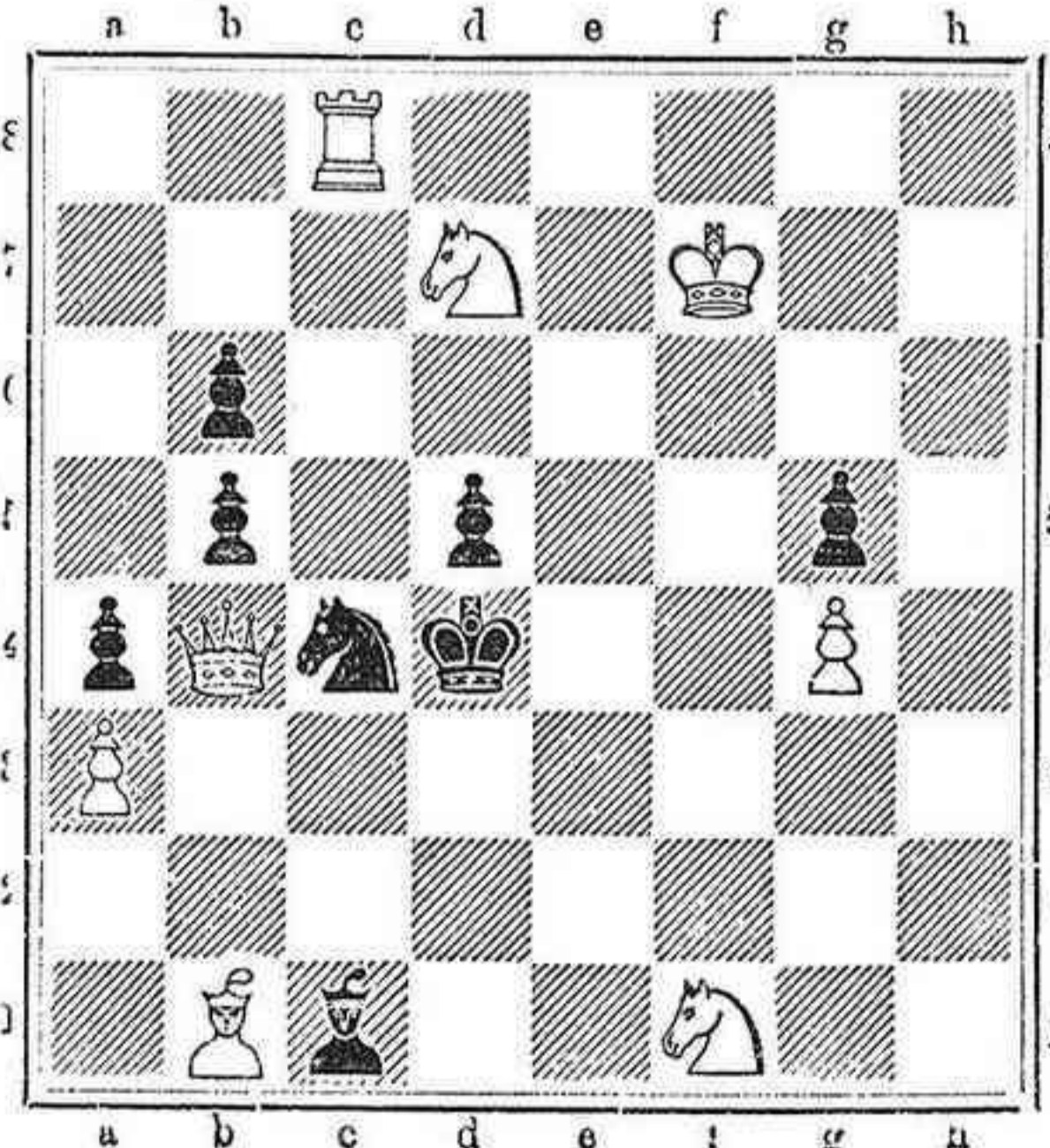
PALMA DE MALLORCA.—Los fabricantes de libritos de papel de fumar Eduardo Roca y Hermano han abierto un concurso entre artistas españoles para la composición de un cartel artístico anunciador de sus productos. Los trabajos, cuyas dimensiones habrán de ser 70 centímetros de alto por 32 de ancho ú otro tamaño mayor que permita ser reducido á estas proporciones, serán de libre composición, reducibles á cinco colores como máximo y no llevarán más inscripciones que, en lugar preferente, *Papeles Roca para fumar*, y en lugar secundario *Marcas Violón, Siglo XX y Aguila*: deberán ser entregados hasta las diez de la noche del día 26 de febrero de 1902 al depositario en Barcelona D. Esteban Bachs (Tallers, 22, almacén). Para este concurso se conceden tres premios, uno de 1.000, otro de 300 y otro de 200 pesetas.

Teatros.—París.—Se han estrenado con buen éxito: en el Odeon *Point de lendemain*, comedia en dos actos de Pablo Hervieu; en el Vaudeville *Ivette*, comedia en tres actos y seis cuadros de Berton, tomada de la novela del mismo título de Guy de Maupassant; en el teatro Antoine, *Le Baillon*, comedia en tres actos de Camilo Le Senne y Adolfo Mayer, y *La Mariette*, comedia en dos actos de Pedro Veber y Mauricio Soulié; en el Gymase, *La Bascule*, comedia en cuatro actos de Mauricio Donnay; y en la Renaissance, *Le voile du bonheur*, comedia en un acto de Jorge Clemenceau, y *Une tuile*, comedia en un acto de Renato Cnampagne.

ERRATA.—El artículo «Paralelas» que publicamos en el número 1.034 es original de D. Juan Toral y no de D. José, como equivocadamente se puso en la firma.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 262, POR F. HEALEY.
NEGRAS (8 piezas)



BIANCAS (8 piezas)
Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 261, POR M. FEIGL.

- | | |
|-------------------|----------------|
| Biancas. | Negras. |
| 1. Ad3-b1 | 1. Cualquiera. |
| 2. D, T ó A mate. | |



La conducción del cadáver había atraído un considerable número de curiosos...

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONTINUACIÓN)

- ¿Mad. Montclar está, pues, perdida por completo?, preguntó Teodoro disimulando la satisfacción que á su vez sentía.

- Es cuestión de horas.

- En ese caso, entrégueme usted su cuaderno de domicilios: haré en mi casa todo lo que sea necesario. ¿Me permitirá usted que vuelva á verla?

- Sin duda... al anoecer; si ocurriese antes alguna desgraciada novedad, haría que le avisasen á usted.

- Gracias. El cuaderno de domicilios; ¿quiere usted?..

Estrella se dirigió al escritorio, tomando el objeto pedido y entregándoselo al joven.

- Convendría, dijo, prevenir á M. de Mailly, nuestro anciano pariente.

- Usted le escribirá; yo me encargo de todo lo demás; no se inquiete usted por nada absolutamente.

La joven le escuchaba experimentando un bienestar tan completo como nuevo. Parecía que una sangre más rica y generosa que hasta entonces, y semejante á los vinos del país del sol, circulaba por sus venas, al sonido de aquella voz contenida que se admiraba de encontrar tan hermosa y tierna.

- Gracias, contestó, encerrando en esta sola palabra toda la expresión del reconocimiento que sentía.

- No se deje usted conmovir, prosiguió Teodoro, ocurra lo que quiera..., sea lo que fuere lo que pueda hacerse ó decirse... Es usted aquí la única dueña: ¿sabrás usted hacerse respetar?

- ¡En cuanto á eso, respondo de ello!, contestó Estrella con enérgica sonrisa. ¿Por qué me mira usted de ese modo?, añadió sorprendida al ver que una expresión de raro estremecimiento reemplazaba á la de confianza y ternura que hasta entonces observó en el semblante de Teodoro.

- No lo sé, contestó éste pasándose la mano por la frente; estoy fatigado, sin duda... Dede hace algún tiempo, creo que tengo la vista enferma... No es nada.

- Sin embargo..., insistió la viuda.

- Sus ojos me han hecho acordar de algo, y en el momento en que lo notaba, he perdido la noción de lo que había creído ver... Eso es muy común... Dispéñeme. ¿Dice usted que tiene confianza en mí?

- Sí, contestó sencillamente Estrella.

- Entonces, hasta la noche.

La joven volvió al dormitorio de Mad. Montclar, llevando en el alma una impresión de claridad y de calma. La vista de la anciana dormida tan cerca de su fin, lejos de inspirarle horror ó pesar, contribuían á su sorprendente serenidad: tratábase tan sólo de la llegada al puerto de un ser que había sufrido mucho, del fin de un penoso viaje, del reposo después de la batalla de la vida.

Una hora antes Estrella había envidiado á su tía por hallarse tan cerca de la muerte; había casi tenido celos de la paz mortuoria que le esperaba; ahora se sentía con nuevas fuerzas; parecíale que la vida valía la pena de que se luchase y se sufriese; podían quedar destrozadas las manos entre las espinas, podía salpicarse el polvo del camino con la roja sangre que de las heridas se desprendiera, pero se combatiría por la honra y por algo más aún que sin aquella carecería de precio, pero que con ella adquiriría todas las proporciones de su propia grandeza...

Ante la idea de aquel algo misterioso, Estrella sintió su corazón henchido de pudor y de alegría; á través de las lágrimas, de las humillaciones y de las torturas de todo género, había venido á su encuentro el visitante desconocido, el huésped silencioso que no llama nunca á la puerta, sino que entra en la casa como dueño... Viuda sin haber sido esposa, sintiendo fuertemente todas sus delicadezas de mujer, Mad. de Beaurand conoció que amaba.

La sorda cólera que durante mucho tiempo abrigara contra Raimundo desapareció de repente, dejando su puesto á una profunda piedad, á la que se mezcló, sin que lo advirtiese ella misma, cierta ternura. Allá en el fondo de su alma, si se hubiese atrevido á profundizar y ver claro, quizá le agradeciera que hubiese muerto, ya que esto la dejaba libre para casarse con Teodoro Benoist.

XXVI

Hacia las siete de la tarde, en el momento en que los últimos rayos del sol se alejaban de las ventanas del piso superior del hotel, la muerte entró en casa

de Mad. Montclar, al mismo tiempo que el crepúsculo y como éste, sin sacudidas ni convulsiones. Cuando Benoist llegó á las nueve de la noche, encontró á Estrella tranquila, sentada en su escritorio redactando cartas.

Los criados conocían muy bien desde hacía tiempo la costumbre que de frecuentar el hotel tenía Teodoro Benoist; de aquí que no extrañasen su presencia allí en aquellas circunstancias; no ocurriría así, de seguro, en lo sucesivo; y por eso el joven, previendo que tal sucediera, hizo que Estrella le diese todas las instrucciones necesarias, con objeto de evitar tener que ir á verla demasiado á menudo.

Ambos jóvenes se habían sentado junto á la misma mesa, uno enfrente de otro, Teodoro tomando notas, Estrella haciendo cuentas ó buscando direcciones, y los dos experimentando una inmensa sensación de bienestar, á la que contribuía el templado ambiente de aquella hermosa noche de primavera y la tranquila luz de la lámpara, suavizada por una artística pantalla. En el hotel, que la presencia de la muerte entristecía por segunda vez en trece meses, reinaba completo silencio. Todo el sobresalto y confusión que produjo en aquella casa el suicidio de Raimundo, habíase trocado en gravedad y casi recogimiento al ocurrir la muerte prevista de madame Montclar.

Esta impresión de calma, de silencio y de reposo se imponía de tal modo, que Mad. de Beaurand sintió necesidad de interrumpirla. Al encontrarse sola con el hombre que amaba, sentía la misma intimidación que si nunca hubiese hablado confidencialmente con él.

Dejando entretenido al joven en sus notas, Estrella abrió la puerta de la estancia contigua á la en que se hallaban, donde yacía sobre su lecho de muerte Mad. Montclar, rodeada de cirios y hachones. Un chorro de luz blanca penetró en el salón por aquella puerta. Benoist levantó la vista, no viendo de ella más que un reflejo; pero entre aquella claridad, que por el contraste parecía deslumbradura, la figura de la joven, elegante y virginal con su ropaje negro y liso, semejaba hallarse esculpida en mármol obscuro. Desde el punto donde el ex militar se hallaba colo-

cado, no le era posible verle el rostro; pero aquellos cabellos negros, ondeados y lustrosos, que le caían sobre el cuello, del que sólo alcanzaba a ver una línea pura, ¡qué vida tenían!, ¡eran indiscutiblemente los de ella!

De pie en el umbral, la viuda miraba a la difunta, confiándole sus pensamientos. ¿Qué hubiera dicho su única amiga, su protectora, si hubiese sabido la verdad? ¿Hubiera tolerado que Estrella faltase a su fidelidad ilusoria? ¿Qué hubiera hecho al saber que la sola ambición de la joven era casarse con Teodoro Benoist, viticultor; ella, toda una Beaurand?

«No, no soy una Beaurand — se decía Estrella; — los contratos y la ceremonia que me han hecho esposa de Raimundo, no han podido alcanzar hasta hacerme en rigor de su familia. Soy, a pesar de todos los sofismas, la señorita Brunaire, libre de contraer matrimonio con quien quiera; y lo que no hubiese hecho viviendo tú, mi buena protectora, por no contristarte, lo haré en lo sucesivo, apenas pueda lavar la sangrienta mancha que tu sobrino echó sobre mi traje nupcial. No tengo ya en adelante nadie en quien pensar más que en mí... y en el porvenir, al que consagraré todo mi tiempo y todas mis fuerzas.»

Cuando se acercó de nuevo a la mesa junto a la cual se había quedado Teodoro, el rostro de la joven expresaba una firme resolución.

— ¿En qué piensa usted?, le preguntó naturalmente Benoist al verla preocupada.

— En el porvenir, contestó sencillamente aquélla. No descansaré ahora hasta que haya descubierto la verdad.

Teodoro se acordó en seguida del sobre, faltando poco para que se lo revelase todo. Pero ¿cómo confesar a aquella mujer hasta qué punto había dudado de ella, cuando aún no habían cambiado, puede decirse, una palabra y su acuerdo descansaba tan sólo en silencios y táticas declaraciones? Aun el mismo movimiento que le había hecho estrechar a Estrella contra su corazón, podía ser interpretado como la expresión de una simpatía fraternal.

Benoist no había jamás temblado ante nada; pero esta vez se estremeció literalmente al pensar que una sola palabra le exponería a perder cuantas esperanzas abrigaba con relación a Estrella. Conociendo su carácter altivo, podía ser que la herida que a su amor propio infligiera no se cicatrizase jamás... Le infundió temor la idea de que después de todo no le había dicho que le amaba, lo que era también posible que no fuese...

«Es necesario que me asegure bien de sus sentimientos para conmigo — pensó — antes de exponerme a su indignación.»

Luego añadió en voz alta:

— Somos dos para investigar, y en adelante nuestro campo de acción será más vasto.

Al decir esto, como hubiese terminado su tarea, se levantó.

— Volveré a ver a usted mañana, prosiguió; no vaya usted a la iglesia; no se deje ver en ninguna parte; no reciba a nadie.

— ¿Puedo hacer esto?, preguntó Estrella.

— Está usted enferma; motivos sobrados hay para ello. Hasta mañana.

Después de haber cambiado un fraternal apretón de manos con Teodoro, la joven se quedó sola; sola, pero no aislada.

Las veinticuatro horas que siguieron, pasaron como transcurren días semejantes a aquel: demasiado de prisa y con harta lentitud al mismo tiempo. Luego tuvo efecto la fúnebre ceremonia. La conducción del cadáver había atraído un considerable número de curiosos y de antiguos amigos, que se arrepentían de haber dejado con tanta insistencia que se extinguiese en la soledad una señora por quien sentían cariño y afecto; tampoco faltaban gacetilleros. Toda aquella gente pareció contrariada por no ver a Estrella. La presencia de la joven viuda hubiera sido uno de los más exquisitos regalos no menos general para cuantos asistían al acto, que para los periodistas; pero les fué preciso pasarse sin ella, no sin que se formularan suposiciones maliciosas contra la ausente, si bien de hallarse ésta allí, hubieran infaliblemente suscitado otras no menos crueles.

Benoist, confundido entre la multitud, lo escuchaba y recogía todo con implacable precisión; su generoso carácter sentíase exasperado por la necedad y malicia anónimas, por decirlo así, de las muchedumbres, donde cada individuo añade de su parte una palabra pérfida, sin acordarse de las consecuencias y con el único objeto de expresarse como los demás, de mostrarse bien informado y a veces hasta con la idea de dar pruebas de ingenio. Al observar cómo iban acumulándose las necedades, notaba que se volvía feroz, hasta el punto que de muy buena gana hubiera deseado, como el emperador romano, que

toda aquella masa de individuos hubiese tenido una sola cabeza, para poder cortarla de un tajo.

Mientras seguía al féretro desde la calle de Lille a Santo Tomás de Aquino y de esta iglesia al cementerio del Padre Lachaise, puede decirse que el joven apuró hasta la última gota la copa de las infamias y de las mentiras, y que para meses y hasta para años concentró en su corazón cólera, tanto más profunda en cuanto tenía conciencia de haber sido como los demás y de haber como ellos juzgado también a la ligera, consistiendo su única supercricidad en que nunca dijo nada a nadie acerca de aquel punto, pues el mismo Andrés Bolvín no había logrado jamás arrancarle la formal confesión de sus sospechas.

Un joven oficial del ejército se hacía notar especialmente por la acritud de sus suposiciones; seguía a pie a la comitiva, hablando con varios amigos suyos, y se expresaba, refiriéndose a Mad. de Beaurand, con una desenvoltura verdaderamente chocante.

— Vengo en representación de mi familia, decía a un caballero obeso que apresuraba penosamente el paso para seguir al coche fúnebre que se encaminaba al cementerio; pero siento complacencia en rendir a Mad. Montclar este testimonio de afecto; era una buena señora, muy digna y amiga particular de mi madre política; en cuanto a Mad. de Beaurand, después de los desaires de que se la ha hecho objeto, confío en que comprenderá que ha comprometido demasiado el nombre que lleva y que no tiene otro recurso que desaparecer y ocultarse en algún rincón.

Benoist, al oír esto, no pudo resistir la tentación que le estaba persiguiendo desde hacía más de dos horas, y dando un traspies sobre el suelo que había hecho resbaladizo uno de los chaparrones propios de la primavera, inclinó el cuerpo, tropezando rudamente con el joven militar.

— ¡Andad con cuidado!, exclamó éste bruscamente, indicando a la vez un movimiento de disgusto y continuando su marcha.

La comitiva penetraba en aquel instante en el cementerio, lo que hizo comprender al joven que no había elegido bien la ocasión. Dejó, pues, que terminase la inhumación, y cuando los concurrentes se dispersaron, tomando del brazo a uno de sus amigos, que acababa de elegir mentalmente, salió tras el oficial. A pocos pasos de la puerta, dejó caer su bastón entre las piernas de su desconocido enemigo, haciéndole casi caerse.

— ¡Torpe!, gritó el militar pronunciando al mismo tiempo un epíteto malsonante.

Sus miradas se cruzaron, comprendiendo en seguida el oficial que lo ocurrido no era resultado de una casualidad.

— ¿Es usted el mismo que me empujó hace poco?, dijo.

— Sí, señor, repuso Benoist devorándole, por decirlo así, con la vista.

El oficial contuvo a duras penas una palabra ofensiva; pero la cuestión personal estaba ya planteada, y no había transcurrido medio minuto cuando, a pesar de los esfuerzos de los amigos de ambos, que no acertaban a comprender lo que sucedía, los jóvenes habían cambiado sus tarjetas.

— Humberto de Aulmoye, teniente del 9.º de cazadores, murmuró Benoist leyendo la que había recibido. ¡Esto va a hacerle un beneficio enorme! ¡Es demasiado joven! ¡A esos moscones no debiera dejárselos ir solos por las calles!

— Teodoro Benoist... ¿Quién es éste?, decía en el mismo momento el joven de Aulmoye.

— Es un bravo oficial, que ha dado muestras de su valor, respondió uno de los que le rodeaban. Se ha metido usted en un mal negocio, amigo mío.

— Pero ¿qué es lo que tiene ese testarudo?, repuso con cierta razón el inconsciente culpable. Me empuja y no le digo nada, me tira luego su bastón entre los pies... En vano me pregunto qué puedo haberle hecho. Realmente no iba yo en busca de aventuras. Vengo al entierro de una señora que no conozco, pues no sé si la he visto tres veces en mi vida. Mi suegro está en el campo, y yo disfruto de licencia. ¡Algo fuerte es en verdad que de todo esto me resulte una cuestión así! ¡En fin, no me lo explico!

Nadie pudo aclarar su perplejidad, acabándose, después de haberse hecho las más extravagantes conjeturas, por nombrar los necesarios testigos.

El amigo que acompañaba a Benoist no había comprendido tampoco mucho más que los del adversario de éste. Semejante escándalo por parte de un hombre tan universalmente reconocido como prudentísimo, era en absoluto inexplicable.

— Pues bien, le dijo Teodoro para acabar con los escrúpulos que alegaba; figúrate que se trata de un rencor militar: en el ejército hay armas que están en rivalidad constante, más ó menos declarada, unas

con otras. Supón que yo, antiguo dragón, odio mortalmente a los cazadores. Esto te parecerá verosímil, ¿no es así?

— Benoist, dijo aquél, en cuya mente acababa de surgir de pronto una sospecha, ¡detrás de todo esto hay una mujer!

— ¡Una mujer! ¡Qué idea! ¿Se bate alguien en nuestros días por las mujeres? Te digo que todo se debe a que me es antipático ese badulaquillo. ¡Te aseguro que no hay más que eso!

Los testigos se vieron muy apurados para ponerse de acuerdo; pero Benoist se mantenía firme y de Aulmoye estaba acalorado; de manera que tuvo que decidirse el duelo para la mañana siguiente, pero con las condiciones más moderadas que fué posible.

— ¡Ah! ¡Válgame Dios!, dijo filosóficamente Teodoro cuando supo la forma en que debía efectuarse el encuentro. ¡Si no tengo intención de darle muerte! ¡Preferiría azotarle! Pero ya que las leyes me prohíben esta satisfacción, le haré una pequeña sangría. ¡Saldrá del lance a poca costa!

Dicho esto, y al ver que no eran más que las cinco de la tarde, se dirigió al hotel de Mad. de Beaurand, con objeto de darle cuenta de la ceremonia que acababa de celebrarse.

XXVII

Las campanas de Santo Tomás de Aquino tocaban aún señalando la salida del templo de la fúnebre comitiva, cuando Mad. de Beaurand oyó en el vestíbulo el roce de un traje y un ruido de taconitos que conocía muy bien; así es que abrió la puerta, recibiendo en sus brazos a su amiga Odette.

— ¡Querida!, dijo estrechándola con gran fuerza contra su corazón. ¿Cómo has podido venir hasta aquí, a pesar de las órdenes que tengo dadas?

— ¡Oh! He dicho que habías olvidado que yo debía venir, pero que lo teníamos convenido, y aquí me tienes. ¡Pobre «madrecita!» ¡Una vez más eres, pues, huérfana!

Esta palabra, pronunciada por aquella voz casi infantil, conmovió en extremo a Estrella, haciéndole derramar lágrimas. Las dos jóvenes permanecieron algunos momentos abrazadas, experimentando indescriptible consuelo en llorar juntas.

Transcurridos unos instantes, Odette enjugó sus ojos, diciendo:

— Mi marido forma parte del cortejo; mamá le ha convencido de que no podía prescindir de hacerlo. Papá está en el campo... ¡Es lástima! En fin, Huberto irá hasta el último momento, me lo ha prometido; yo entretanto me vine... No pude resistir más los deseos que tenía de verte.

— Tu marido es muy bueno, y le estoy muy agradecida, dijo Estrella.

De pronto se acordó de que no había recibido aún ninguna visita ni tarjeta de M. de Aulmoye.

— ¿Sabe que estás aquí?, preguntó con vivacidad.

La cabecita de Odette se inclinó sobre su pecho, que cubría un traje de tela oscura.

— Lo sabe..., contestó turbada, sin saberlo..., es decir... No me mires de ese modo, Estrella; ya sabes que no he podido mentir nunca cuando me mirabas frente a frente. No, no lo sabe. Pero ¿qué importa? Ahora que soy ya casada, tengo el derecho de hacer lo que me parezca. ¡No puedo decirle una por una las tiendas donde me conviene entrar! ¿No es esto lo mismo?

Mad. de Beaurand reflexionaba, mientras Odette, con una volubilidad algo febril, seguía refiriéndole con completa inocencia cómo había organizado su vida, de manera que pudiese obrar a su gusto, sin tener que mentir abiertamente.

— «Hijita,» dijo Estrella con tranquila firmeza cuando su joven amiga se detuvo, casi sin aliento, en su relación, ¿por qué no has dicho a tu marido que venías a verme?

— Porque..., porque... Vaya, ¿quieres saber la verdad? ¡Es un pícaro! Es decir, no es pícaro ni mucho menos, pero sí un mala lengua! ¡Ah, Estrella, no puedes figurarte cómo se murmura en los rigimientos! Le han contado cosas... que hacen estremecer. Y ha creído todo lo que le han dicho. En medio de todo, creer, como él lo ha hecho, las mayores necedades del mundo, no prueba que sea malo. En fin, hemos tenido una cuestión; era la primera..., he sufrido un fuerte disgusto.

Al recordar esta primera reyerta conyugal, las lágrimas de la recién casada corrieron abundantes y ligeras como chaparrón de mayo. Estrella sonreía enternecida al verla llorar con tanta facilidad.

— ¿Le han dicho mal de mí?, preguntó siempre tranquila.

— Cosas espantosas..., ya lo sabes hartito bien tú misma. No tiene él derecho a creer nada malo con-

tra personas como tú. ¡Eso es una villanía! ¡Así se lo manifesté, y entonces se ha burlado de mí; me he encolerizado... Le he dicho que era cobarde atacar á una mujer que no tenía quien la defendiese. Hasta aquí estaba de mi parte la razón. ¡Claro! ¿No es verdad? El tomó luego las cosas desde muy alto, ¡pero desde muy alto!; no puedes imaginártelo. Y como yo me rehiciese, me dijo que no se le alcanzaba cómo tenía tan poca altivez. ¡Yo! Bien sabes tú si soy altiva... En último término, acabó diciendo que jamás permitiría que te vieses. ¡Ahora, francamente, Estrella, juzga tú misma si era momento oportuno para hacerle saber que venía aquí!

— ¡Acaso!, contestó Estrella dando un apretón de manos á Odette.

— ¡No! Puedes decir lo que quieras; pero si hubieses estado en mi lugar... Vaya, no se lo he dicho, ni se lo diré, pero vendré á verte siempre que se me ocurra.

Estrella besó tiernamente la carita que se le acercaba. La recién casada parecía aún una niña; era imposible tratarla como mujer. ¿Podría hacer entrar en aquel cerebro la noción de un deber que, por lo visto, nadie había cuidado de enseñarla?

— Oyeme, Odette, dijo la viuda con extrema dulzura. ¡Bien sabes que te quiero! Te diré más aún: de cuantas señoritas y señoras conozco, ninguna me ha dado una muestra de simpatía; muerta ya madame Montclar, no hay acaso una sola mujer en el mundo que se interese por mí, excepto tú; puedes, por tanto, figurarte si me será preciosa tu amistad. Oyeme, pues, bien y comprendeme: más que esa misma amistad, me conmueve hasta el fondo del alma el cariño que me profesas. Tú, pobrecilla, tienes el corazón inocente y bueno; no crees en el mal que se hace por el solo placer de hacerlo; necesitas querer de veras á los que te rodean... Por todo eso, Odette, te aprecio y te estoy agradecida; pero no podría sentir afecto por ti en adelante, si adoptases la costumbre de disimular con respecto á tu marido.

— ¿Disimular?, preguntó Odette sorprendida y hasta casi estremeciéndose.

— Sí, querida; esa es la palabra propia. Tu esposo debe tener conocimiento de todas tus acciones; no estás en el derecho de ocultarle ninguna.

— Pero, vamos á ver, ¿por ventura me cuenta él todo lo que hace? ¿Me dice todos los sitios adonde va? ¿Cuando se lo pregunto, se ríe!

— No es lo mismo; y por otra parte, tampoco quiero decir que tengas necesidad de explicarle los más insignificantes pormenores de tu existencia; pero sí que es preciso que vivas de tal modo, que si te pregunta algo, no te inspire jamás temor responderle la verdad.

Odette, confundida, había bajado la cabeza. La moral corriente entre las personas que la rodeaban, no le había hecho oír nunca frases tan rígidas; lo que no obstaba, sin embargo, para que comprendiese que Estrella tenía razón.

— Le dirás, pues, que has venido á verme..., continuó Mad. de Beaurand.

— ¡Jamás! ¡En mi vida!, exclamó Odette.

— Sí, se lo dirás; no en seguida, si es que así no lo quieres; pero se lo dirás, porque si llegase á saberlo...

— ¿Quién ha de decirselo?

— ¡Qué sé yo! ¡Quizá una indiscreción de criados! Si llegase á saberlo, te ocasionaría una espantosa humillación y quedaría envenenado para siempre el resto de tu vida, pues ya no tendrías confianza en ti. Si ese caso te sucediera, hija mía, no lo dudes, era preferible para ti, joven y hermosa como eres, morir en aquel mismo instante.

Estrella, al decir esto, había vuelto á cruzar sus brazos, en actitud maternal, sobre la temblorosa espalda de su «hijita», estrechándola contra su corazón, mientras su mente, atravesando el tiempo y el espacio, recordaba los amargos días en que la mirada de Benoist se fijaba en ella como la de un juez adverso.

— La confianza, Odette, es la primera condición para la felicidad en el matrimonio. Pueden equivocarse, pueden cometer faltas; pero si cada uno de los cónyuges tiene la seguridad de que el otro no le mentará nunca, los errores humanos no son realmente más que la inevitable parte de molestias que debemos esperar en este mundo...; lo que no impide que se amen, á pesar de esas pequeñas disensiones... ¿Tú amas á tu marido?

— ¡Oh, sí!... cuando no es malicioso.

— No es malicioso, es joven... Se corregirá..., ya lo verás. Vamos, no llores. Pues bien: un día que te parezca dispuesto para ello, le dirás que has venido, no creyendo en ello hacer ningún mal..., y no volverás aquí, Odette, nunca más... A menos que te acompañe él mismo.

— ¿No quieres verme, pues?, dijo la joven irguiéndose sumamente apesadumbrada.

— Me privo de mi única satisfacción, contestó Es-

trella estrechándola persuasivamente las dos manos; pero este es mi deber, hija mía, y también el tuyo.

Odette miró fijamente á su «madrecita», viendo en la expresión de sus ojos tanta resignación, tanto sacrificio, que se sintió conmovida hasta lo más profundo de su alma. Por primera vez se ofrecía á su admiración una grandeza de sentimientos que nunca había sospechado existiese, y que la inspiraba un respeto casi parecido al terror.

Sin más resistencia, la joven se sometió.

— ¡Vas á detestar á mi marido!, dijo algo avergonzada por haberle censurado.

— No, repuso Estrella con la calma que tan dulce é imponente al mismo tiempo hacía su bondad. No le odio, ni mucho menos. Ahora, vuelve á tu casa, para que no se disguste por tu ausencia... Vete... Te aprecio mucho..., y así es preciso que sea, para que me decida á hacer que te marches...

— ¡No te veré más!, exclamó Odette casi ahogada por los sollozos.

— ¡Puede ser! Pero ¿qué importa si sabes que te quiero?

— Te escribiré.

— No; tendrías necesidad de ocultar tus cartas. Nada. Es mejor así.

La jovencilla, sollozando, rodeó con sus brazos el cuello de la viuda.

— Mi amiga, mi «madrecita...», ¡adiós!

— Hasta la vista, querida mía...

Estrella acompañó á Odette, que procuraba contener sus lágrimas, hasta la gran escalinata, y se quedó viéndola bajar tan esbelta y tan delgadita, tan poco mujer..., tan mal preparada para las luchas de la vida... Los ojos llenos de lágrimas de las dos mujeres se encontraron aún en una mirada ternísima..., luego se cerró la puerta tras la última amiga de Estrella.

Esta regresó á su gabinete, sentándose en un sillón con las manos cruzadas sobre las rodillas y entregada á mil melancólicos pensamientos, entre los que figuraban el recuerdo de la muerte, la idea de su renuncia al mundo, de su larga vida despojada de satisfacciones...; pero no estaba triste, sentía en su interior los reflejos de un astro invisible.

Poco antes de las seis de la tarde llegó Benoist al hotel, causando bastante sorpresa á la viuda verle preocupado y con cierta agitación, cuando por lo común era tan grave y un tanto lento en todo. Después de haber dicho en pocas palabras que ningún incidente había ocurrido en las exequias, el joven le preguntó:

— Ahora bien, ¿no ha visto á usted nadie?

— Sí tal, he recibido una visita, respondió Estrella con una ligera sonrisa. Tenía aún y á pesar de todo una amiga..., una compañera de la infancia, la señorita de Polrey, hoy Mad. de Aulmoye.

— ¿De Aulmoye?, preguntó Benoist creyendo haber entendido mal.

— Mad. Odette de Aulmoye. Su esposo era teniente del 11.º de húsares, pero ha permutado para poder venir á París.

Teodoro se había puesto extremadamente serio.

— ¿Dice usted que la esposa de ese caballero es amiga suya?, dijo sin levantar la vista.

— ¡Ya lo creo! ¡Pobrecilla! Ha venido á verme ocultamente dos veces... Tiene fe en mí, pero es la única... La he dicho que no volviese..., ¿comprende usted? Está casada desde hace algunos meses, su marido es como los demás; no tiene razones para apreciarme... Ella es joven, cuenta apenas diez y ocho años; nace á la vida y no conviene que comprometa su bienestar; mucho más cuando tiene la dicha de amar á su esposo.

— ¿Le ama?, preguntó Benoist.

— Sí, le ama, y él también á ella; es un casamiento por amor... ¡Pobre niña! Por las muestras de compasión que me ha dado y por su caballeresca fidelidad quisiera que me fuese posible un día hacerla algún bien. Por ahora le he hecho el único favor que estaba en mi mano: le he suplicado que no volviese. Me llama aún su «madrecita» como cuando estábamos en el colegio... ¡Me ha conmovido, se lo aseguro á usted!

— ¿Se interesa usted, pues, mucho por ella?, insistió Benoist.

— Como si fuese de mi familia, mi hija ó mi hermana. ¿Por qué?

— Por saberlo. Me parece tan reducido el número de los que la quieren á usted bien, que vale la pena de interesarse por ellos seriamente.

— ¿Es verdad?, dijo la joven con una ligera sonrisa tan seductora y simpática, que Benoist perdió su habitual sangre fría.

— Me voy, dijo. Me siento cansado. ¿Se digna usted darme la mano?

Estrella le extendió la derecha colocando en ella

la suya Teodoro y apoyando la joven sobre las dos su izquierda.

— Buenas noches, contestó Mad. de Beaurand, y gracias por todo y por lo que hará usted aún.

Teodoro besó con respeto una después de otra las dos manos que confiadamente le había tendido la joven, y salió muy emocionado del hotel.

XXVIII

Teodoro se hallaba muy lejos de estar satisfecho de sí mismo. El vivo placer que experimentó al provocar al joven teniente, quedaba amargado ante la certidumbre de que Mad. de Beaurand sufriría un verdadero disgusto si llegaba á saber que estaba herido el esposo de su amiga. Pero ¿quién podía sospechar semejante cosa? ¿Era posible que un fatal curso de circunstancias le hubiese llevado á tener un choque con el único hombre precisamente á quien no podía perjudicar sin arrepentirse?

La cuestión estaba ya demasiado empeñada para que fuese posible volverse atrás; y por otra parte, al recordar las intemperantes frases pronunciadas por el oficial de cazadores, Benoist sentía arderle la sangre en las venas. Su buen criterio le decía que había sido por lo menos imprudente; pero su cólera le daba estremecimientos de impaciencia por que llegase el instante de encontrarse frente á aquel hombre.

El lance era tan ridículamente incomprensible que no cabía la menor duda de que el público y aun los mismos testigos tratarían de hallar para explicárselo una causa algo más seria. ¿Qué sucedería si llegaba á pronunciarse el nombre de Estrella? El joven no vacilaba en creer que era imposible que tal cosa sucediera, pues nada podía autorizar semejante suposición, lo que no impedía que aquella idea le tuviese bastante inquieto.

Otra consideración le preocupaba aún. Era preciso que Mad. de Beaurand no supiese nunca que se había batido por ella; pues de llegar á su conocimiento lo que había pasado, ¿no era de temer que le creyese un loco ó un hombre de instintos brutales por haber provocado á un desconocido?

«Está visto — pensó melancólicamente Benoist — que en todo cuanto con ella se relaciona no he de cometer más que necesidades.»

Al amanecer, sin embargo, se vistió para ir á reunirse con su adversario en un parque que con mucha galantería había puesto á su disposición un amigo. La mañana era deliciosa; mientras el joven bajaba la cuesta de Ville d'Avray una de esas tenues nieblas que suelen preceder á las mañanas serenas cerníase sobre París, esfumando las líneas precisas de los edificios, suavizando el color de las masas de verdura y dando al inmenso paisaje de construcciones un agradable aspecto muy parecido al que á tales horas ofrecen los horizontes marítimos.

«No puedo acuchillar á ese mozo — pensaba entre tanto Benoist; — su mujercita me miraría con horror, y Mad. de Beaurand se disgustaría. Va á ser preciso que deje que como á un pollito me haga una sangría. Mi única esperanza es que no será demasiado torpe, porque si no, iba á ser capaz de ensartarme hasta sin querer. ¡Mal haya la aventura!

El joven se acordó de su madre, que en aquellos momentos debía abrir los ojos á aquel hermoso sol de primavera, y en su imaginación la vió asomada á la ventana, inclinada sobre el maravilloso valle que se extendía á sus pies, y haciendo de sus manos pantallas para sus ojos, contra los rayos solares, mirar las viñas que en el ribazo ostentaban sus hojas blanquecinas y tiernas...

«¡Pobre madre! — se dijo. — ¿No se enfadaría si supiese hasta qué punto ha sido tonto su hijo? ¡Y por mí fe que lo merezco! Procuremos al menos no darle el trabajo de tener que cuidarme.»

El joven de Aulmoye, por el contrario, llegaba al lugar de la cita sin poder disimular las belicosas disposiciones en que se hallaba su ánimo.

La víspera, al llegar á su casa, acalorado con los preparativos del duelo, no se fijó, afortunadamente para su esposa, en que ésta tenía los ojos enrojecidos y parecía estar muy preocupada. La pobrecilla, al separarse de Estrella, se hallaba hasta tal punto convencida de cuáles eran sus deberes, que hubiera querido decirlo todo inmediatamente, y se había preparado, haciendo un animoso esfuerzo, para confesar su primera y segunda visitas y hacer comprender la grandeza de alma de su amiga, abrigando la esperanza de que su marido reconocería la magnanimidad de aquel carácter por él desconocido, y llegando hasta á imaginarse que no había de tardar el momento en que atravesaría los umbrales del hotel de Beaurand, del brazo de su esposo ya arrepentido, confuso y dispuesto á pedir y obtener el perdón.

(Continuará.)

PLAZA MONUMENTAL

QUE EN HONOR DE LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA SE HA DE CONSTRUIR EN LONDRES

La ciudad de Londres, deseando rendir un tributo de veneración á la memoria de la reina Victoria de Inglaterra, proyecta construir delante del palacio de Buckingham una plaza monumental que sea como una síntesis de las glorias del reinado de aquella soberana.

Para la construcción de esa plaza se ha abierto un concurso al cual han concurrido cinco famosos arquitectos, cuyos proyectos han sido recientemente expuestos en el palacio de Saint James.

Mr. Aston Webb, miembro de la Real Academia, ha obtenido el primer premio con el proyecto que en esta página reproducimos. La base obligada de todos los proyectos es el monumento concebido por el escultor Mr. Tomás Brock que ha de figurar como ornamento principal de dicha plaza, y que también publicamos.

En el proyecto premiado se suprime la pequeña construcción que hay actualmente delante del palacio sustituyéndola con una serie de arcadas de piedra de veinticinco pies de altura.

Como pueden ver nuestros lectores, la obra concebida por Mr. Webb tiene un carácter de grandiosidad que responde perfectamente á la idea que ha presidido en la construcción de esa plaza. — X.

LOS VENENOS EN LOS BATRACIOS

Los batracios están perfectamente dotados en punto á venenos. Muchos de ellos, el sapo, por ejem-

las pústulas, y esos venenos se encuentran también generalmente en la sangre. Los animales de piel completamente lisa, como la rubeta, poseen asimismo un veneno muy complejo. El hecho que debemos hacer constar es, por consiguiente, que los batracios están provistos de venenos múltiples que no permanecen localizados en la piel, sino que impregnan todo el organismo y especialmente la sangre. Estos princi-

otras especies. Acaso algún día se logrará extraer de estas substancias antitóxicos utilizables para la patología humana.

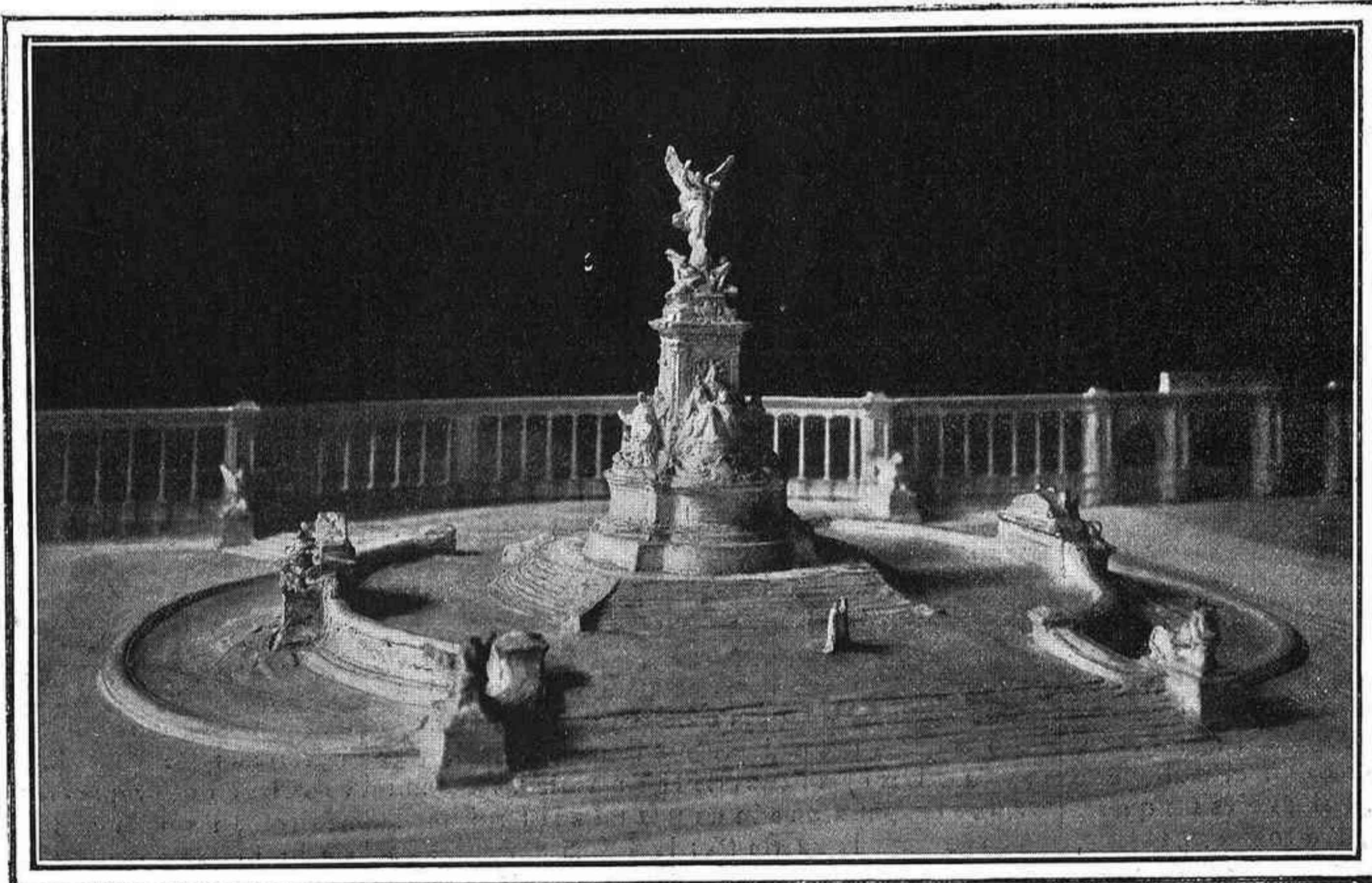
M. Gidon (tesis de medicina de París, 1897-1898) emite el parecer de que la secreción interna del veneno ha precedido á su localización en glándulas especiales; y esta hipótesis está confirmada por madame Phisalix-Picot (tesis de medicina de París, 1899-1900),

fundándose en investigaciones realizadas acerca de la embriología de la salamandra terrestre. Mas sea de ello lo que fuere, el veneno de las glándulas cutáneas desempeña un papel claramente defensivo: es un arma que la naturaleza ha dado á esos animales mal protegidos por su piel desnuda y de movimientos por lo general lentos.

Los batracios, cuando se ven molestados, segregan un moco límpido é inodoro que les da cierta viscosidad y hace difícil el cogerlos; si se les pellizca ó se les hiere, aparecen en ellos otros productos más marcadamente defensivos. Las pústulas del sapo se ponen blancas al cubrirse de veneno; el alito exhuda un líquido que huele á ajo; la rubeta segrega un barniz blanco de

olor de hormiga; el tritón huele á sebo, la rana verde á jugo de hierbas y el sonador despide un olor indefinible, al mismo tiempo que se cubre de un líquido jabonoso. La salamandra no segrega un producto oloroso, pero sus glándulas entran en tensión y al menor contacto soltarán gotitas de veneno.

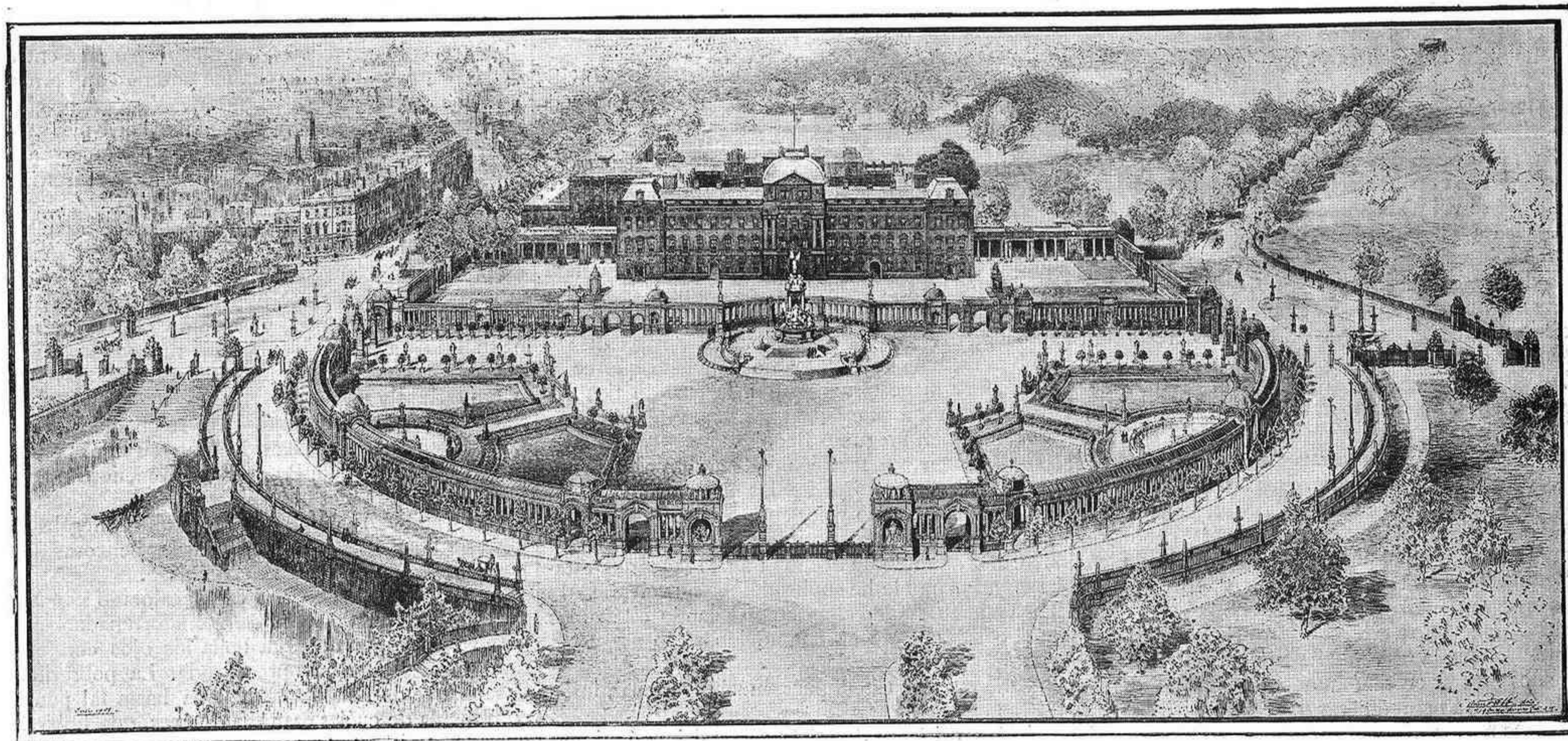
Así, sea por el olor, que aparta á los enemigos, sea por su sabor acre, que hace que el que se los traga los devuelva con asco, sea finalmente por sus efectos vomitivos, el veneno cutáneo es un excelente medio de defensa de los batracios que suple á la insuficiencia de los demás medios de protección. Sus efectos son de largo alcance, de manera que el carnívoro ó el ave que una vez ha probado el batracio se conten-



PROYECTO DE PLAZA MONUMENTAL QUE SE HA DE CONSTRUIR EN LONDRES EN CONMEMORACIÓN DE LA REINA VICTORIA, DELANTE DEL PALACIO DE BUCKINGHAM. Grupo proyectado por Mr. Tomás Brock, que ha de erigirse en dicha plaza

pios tóxicos no resisten á la cocción, lo cual explica que se pueda comer sin inconveniente carne de rana.

Si tratamos de explicarnos la utilidad que para el animal tienen esos distintos venenos, habremos de establecer una distinción. En primer término, los venenos de la sangre y de los humores aseguran, al parecer, á los batracios cierta inmunidad contra los venenos de otros animales. Sabido es, en efecto, que se alimentan especialmente de insectos, de miriápodos, de arácnidos, que tienen por lo general una defensa química y necesitan, por ende, resistir á sus venenos. Pues bien, siempre que se han examinado, desde este punto de vista, especies que en sí mismas no son venenosas y en cambio son refractarias á la



PROYECTO DE PLAZA MONUMENTAL QUE SE HA DE CONSTRUIR EN LONDRES EN CONMEMORACIÓN DE LA REINA VICTORIA, DELANTE DEL PALACIO DE BUCKINGHAM. Obra de Mr. Aston Webb, que ha obtenido el primer premio en el concurso

plo, poseen órganos prominentes, pústulas ó cordones localizados en los lados del cuello, en la espalda y en la parte superior de los costados; mas no son estos los únicos tejidos productores de veneno, sino que también las partes lisas de la piel segregan principios tóxicos diferentes de los que se encuentran en

acción de los venenos, se ha encontrado que sus humores eran altamente tóxicos. Tal sucede con el erizo, la mangosta, el icneumon, la culebra y la anguila, y puede suponerse que lo mismo acontece con los batracios y que los principios tóxicos que los impregnan sirven para inmunizarlos contra los venenos de

ta con la primera prueba. Gracias á esto, esos animales inofensivos y hasta útiles en la economía general de la naturaleza han podido persistir á pesar de su debilidad, y aun llevar una existencia feliz, pues el veneno de que están impregnados impide á los insectos adherirse á ellos y á las moscas atormentarlos. — L.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

EL ARTE Y LA INDUSTRIA EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS EN 1900, por *Ginés Codina y Sert*. - Imposible nos es, dado el carácter de esta sección, dar siquiera una idea de este libro que no vacilamos en calificar de importantísimo: cuanto pudo admirarse en el grandioso certamen internacional de 1900 en relación con el arte y la industria en sus más diversas manifestaciones, todo es objeto del examen del Sr. Codina y Sert, pero de un examen, no de turista, sino de crítico experto, que juzga con imparcialidad y amplio y acertado criterio, después de haber observado y estudiado profundamente lo que luego ha de ser objeto de sus consideraciones. El autor de la obra ha prestado un valiosísimo servicio á los artistas é industriales españoles condensando en ella el fruto de una labor larga y difícil, pero fecunda en provechosas enseñanzas, y la Diputación provincial de Barcelona, que nombró al Sr. Codina enviado extraordinario á aquella Exposición para estudiar el arte aplicado á la industria, puede estar altamente satisfecha del trabajo por dicho señor llevado á cabo. El libro, dedicado á S. A. R. la Infanta de España D.^a Isabel de Borbón, ha sido lujosamente editado por la casa Henrich y C.^a, de Barcelona.

LOS TRISTES DESTINOS, por *Francisco Pérez Mateos (León Roch)*. - Nuestro distinguido colaborador el reputado escritor Sr. Pérez Mateos acaba de publicar con este título una novela bajo todos conceptos bellísima, por su argumento, que interesa vivamente, por el espíritu de observación y el profundo estudio del corazón humano que revela, por el modo natural y lógico con que la acción se desarrolla y desenlaza, por la verdad con que están presentados los personajes y descritas las escenas, y por el estilo castizo y elegante en que está escrita. Es, en suma, un libro que se lee con verdadero deleite. Ha sido impreso en Madrid y se vende á una peseta.

ALMANACH DE LA ESQUELLA DE LA TORRATXA. 1902. - El editor del popular semanario catalán *La Esquella de la Torratxa*, D. Antonio López, acaba de publicar el almanaque del mismo correspondiente á 1902, que como los de los años anteriores contiene artículos, cuentos, poesías, epigramas, etcétera, de nuestros más conocidos escritores catalanes y profusión de reproducciones de cuadros, dibujos, caricaturas de reputados artistas. Por la amenidad y variedad del texto, y por el valor artístico y la gracia de las ilustraciones, merece este almanaque el favor que el público le ha dispensado siempre. Véndese á una peseta.

EL CAPVESPRE DELS DEUS, traducción catalana por *G. Zanné y A. Ribera*. - Los traductores de la última jornada de *El anillo del Nibelungo* han vertido al catalán de una manera fidelísima el original alemán de esta concepción grandiosa del eminente dramaturgo y músico de Bayreuth, respetando no sólo el espíritu altamente poético y el significado literal del texto, sino la forma en que su autor lo escribiera. Este trabajo entrañaba grandísimas dificultades, que han sido admirablemente vencidas por los Sres. Zanné y Ribera, haciéndose con ello acreedores al aplauso entusiasta de cuantos por el arte de Wagner se interesan. La obra ha sido editada por la «Asociación Wagneriana» y se vende á dos pesetas.

ESTADÍSTICA COMERCIAL DE LA REPÚBLICA DE CHILE CORRESPONDIENTE AL AÑO DE 1900. - El departamento de la Estadística Comercial de la República chilena ha publicado el tomo correspondiente al año 1900, con todos los datos relacionados con el comercio especial y de exportación é importación, expresando las mercancías, su procedencia y su destino, cantidad de las mismas, derechos de arancel que satisfacen, puertos por donde han sido importadas ó exportadas; en una palabra, todo lo que puede dar idea del movimiento mercantil de aquel país en sus menores detalles. El libro, que forma un tomo de 750 páginas, ha sido impreso en la imprenta del Universo de Valparaíso.

A PUNTA DE PLUMA, por *Alfredo Calderón*. - Forma parte este tomo de la Colección Diamante que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Antonio López, y es, como dice en el prólogo su autor, un *fascículo ó manojito* de trabajos sueltos, engendrados día por día á merced de la sugestión de los sucesos ó de los caprichos de la mente. Añadiremos sólo que los artículos en el libro contenidos acreditan una vez más las dotes literarias del distinguido escritor. Véndese el tomo á dos reales.

GRABA LITERARIA, por *Juan Durán y Vila*. - Colección de poesías que revelan buenas condiciones literarias en su joven autor. La mayoría de las composiciones están bien sentidas y fácilmente versificadas. El libro, impreso en Sabadell en la imprenta de J. Canals, lleva un prólogo de D. Juan Costa y se vende á dos reales.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

España Cartófila, revista mensual ilustrada barcelonesa; *Boletín de la Tarjeta postal ilustrada*, revista mensual ilustrada barcelonesa; *La Medicina Científica en España*, revista mensual barcelonesa; *La Harmonía*, publicación musical quincenal barcelonesa; *Revista Contemporánea*, publicación quincenal madrileña; *La Lectura*, revista mensual madrileña; *La Patria de Cervantes*, revista mensual ilustrada madrileña; *Bibliografía Española*, revista quincenal madrileña; *El Mundo Latino*, semanario madrileño; *Sol y sombra*, semanario taurino ilustrado madrileño; *Gaceta Médica de Granada*, revista quincenal; *Idearium*, revista quincenal granadina; *Cataluña, Aragón, Valencia y Baleares*, revista ilustrada que se publica cuatro veces al mes en Buenos Aires; *Centenario del general Urquiza*, publicación semanal de Concordia (Rep. Argentina); *Luz y sombra*, semanario ilustrado de Buenos Aires; *Revista del Centro Universitario de la Plata*, publicación mensual; *Revista mensual de la Cámara Mercantil*, de Barracas al Sur (República Argentina); *La Revista Nueva*, publicación mensual de Santiago de Chile.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 dispon casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOGACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PILDORAS DEFRESNE
 A LA PANCREATINA
 Adoptada por la Armada y los Hospitales de París.
DIGESTIVO el más poderoso el más completo
 Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los feculentos.
 La PANCREATINA DEFRESNE proviene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.
 POLVO - ELIXIR
 En todas las buenas Farmacias de España.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Frasco 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS en París
 - LAIT ANTÉPHÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFELICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.
 Póne y conserva el cutis limpio y terso.
 CANDES et C^{ie} 81 St-Denis, 146

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS **PATERSON**
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

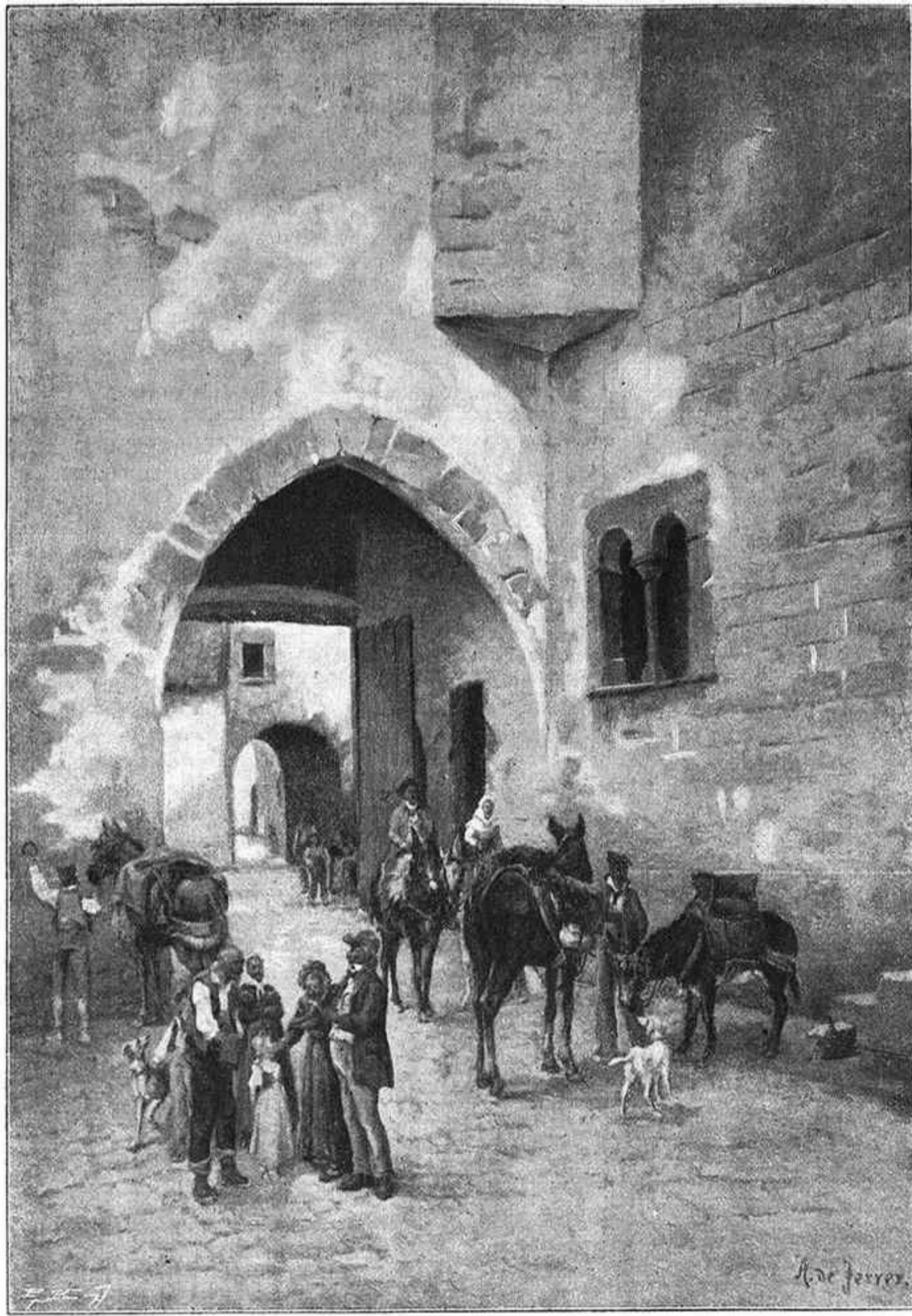
Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ZOMOL PLASMA MUSCULAR (Jugo de carne desecado)
ZÔMOTERAPIA
EL ZÔMOL PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la TUBERCULOSIS, la NEURASTENIA, la CLOROSIS, la ANEMIA, la CONVALECENCIA, etc.
 Tres cucharaditas de café de Zômol representan EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.
 PARIS, 8, rue Valenciennes y en todas las Farmacias.

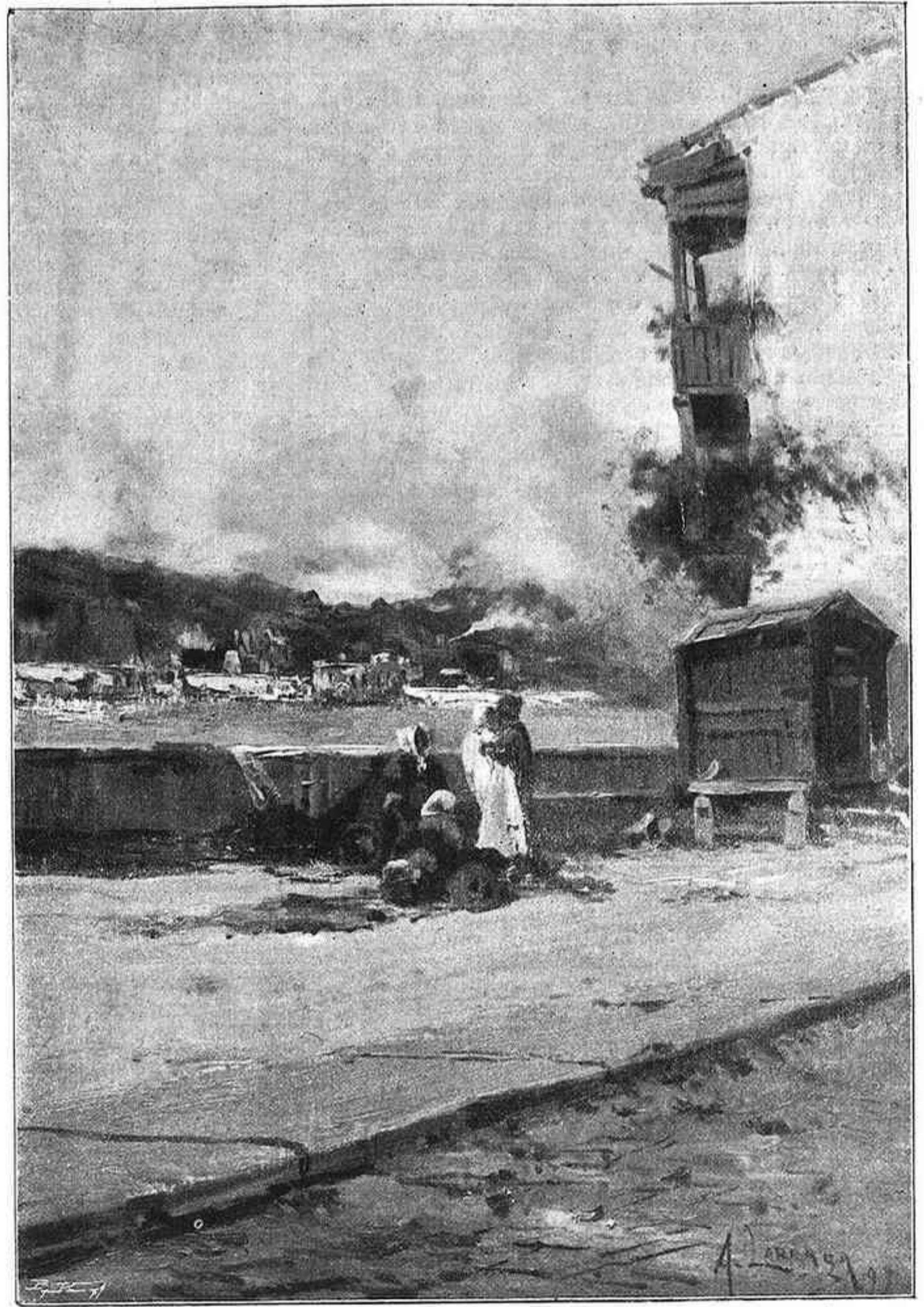
ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 4, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



LA ENTRADA DE UN PUEBLO, cuadro de Antonio de Ferrer



RECUERDO DE PASAJES, cuadro de Andrés Larraga (Salón Parés)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS ANEMIA, CALENTURAS, etc.

QUINA-LAROCHE

Premio de **16.600 francos** Siete Medallas de **ORO**

EL MISMO FERRUGINOSO EL MISMO **FOSFATADO**

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. París, 20 et 22, rue Drouot Y FARMACIAS. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor de la Real Casa



26 Diplomas de Honor. 31 Medallas de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pidase en todas las Droguerías y Farmacias. Para pedidos dirigirse á **MIGUEL RUIZ BARRETO** Jerez de la Frontera.

AVISO Á LAS SENORAS

EL APOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA **LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS**

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS **PATERSON**
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

CREME DE MECQUE DUSSE MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
Da al cutis la blancura nacarada del marfil.
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Perfumerías, Barberías y Bazarcs.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN